La Mañana .uy

15 JULIO 1871 - 2021

HOMENAJE AL 150° ANIVERSARIO DE JOSÉ E. RODÓ

REFORMARSE ES VIVIR

Editorial

Rodó y La Mañana

Decía Miguel de Unamuno que nuestro deber como ciudadanos consiste más que nada en ser padres de nuestro futuro, y no tanto descendientes de nuestro pasado. Esto, que es una verdad indubitable como mandato de la acción, conoce un matiz: en algo importante somos agradecidos descendientes de nuestro pasado, en algo que tiene que ver con el valor del legado, con el sentido de mandato, con la fuerza vivificante de las ideas que han sido sembradas para este porvenir que estábamos poblando y que tenemos el deber, a su vez, de transmitir, de remozar, de volver a legar.

Para *La Mañana* es un honor cumplir con el alto deber de rendir tributo al pensamiento y a la fecunda obra de un grande exponente del pensamiento nacional y americano a los 150 años del nacimiento de José Enrique Rodó.

Las razones que tenemos para este homenaje son, ante todo, las más justas y usuales que tiene el mundo de la reflexión cultural y el fermento de la conciencia cívica, que no puede sino sentirse solicitado por esta fecha, como lo muestran los destacados intelectuales locales y de los distintos países que se aprestaron a participar con su talento en esta publicación, y a quienes agradecemos de todo corazón.

Pero en nuestro caso hay un motivo todavía mayor y bien específico: Rodó pertenece al espíritu de *La Mañana*, publicación que pretendemos con orgullo haber reconquistado.

Y con esto no queremos caer en la fatua vanidad de creer que, por disponer de un logo tipográfico, y usar como epígrafe "Renovarse es vivir", frase que resume lo más profundo de la filosofía rodoniana, nos hemos ganado el título de ser los continuadores de aquellas insignes figuras que participaron con enorme valentía en la gesta consolidadora de las libertades públicas en las elecciones del 30 de julio de 1916.

Un año después nacía *La Mañana*, con los mismos principios por los que con tanto denuedo luchó Rodó en aquella combativa campaña: voto secreto y universal, representación proporcional, y punto final al dirigismo electoral, ya se le denomine "influencia directriz" o "influencia moral".

Pero ya sin la ilusión de que Rodó fuera su director, como se lo habían propuesto Pedro Manini Ríos y Héctor R. Gómez (el insigne escritor detentaba el cargo de vicepresidente del Partido Colorado Riverista) en la despedida que le organizó el Círculo de la Prensa pocos días antes de su partida a Europa, de donde no regresaría...

Es razonable que con estos íntimos antecedentes intelectuales, ideológicos y personales, desde *La Mañana* celebremos esta efemérides como una fecha propia, como una ocasión para ratificarnos en nuestras definiciones y en los valores que abrazamos, no sin costo y sin renuncio a lo largo de estos 104 años de existencia en el campo del periodismo serio y del respetuoso debate nacional.

Rodó nos ha marcado el camino de lo que debe ser, en todo tiempo y lugar, afrontar dignamente la tarea de comprender, clarificar, comunicar y hacer patente con sentido de obediencia ciudadana la función de la prensa; nos mostró que no se trata solamente de informar, sino también de formar, que la palabra no está para ganar una discusión sino para buscar una verdad, que la decencia y el cuidado del estilo es el tributo que le debemos a quienes nos leen, que los principios y las nociones sobre los que se funda la convivencia civilizada no son negociables ni consideran otro límite que su propia observancia y realización.

En fin, nos dejó como mandato asumir sin reservas que el periodismo tiene como misión superior ser el reflejo de la realidad que vivimos y a la vez, y principalmente, diseñar con colores bien nítidos el horizonte sobre el que se le proyecte la realidad sin engaño a los jóvenes. Puesto que son ellos los que tienen la obligación de llevar enhiesto el lábaro con el mensaje de las nuevas generaciones que deben asumir, sin vacilar, el compromiso de luchar por un mundo mejor.

"Lo que a la humanidad importa salvar, dice Próspero, contra toda negación pesimista es, no tanto la idea de la relativa bondad de lo presente, sino la de la posibilidad de llegar a un término mejor por el desenvolvimiento de la vida...".

Agradecemos vivamente los calificados aportes que hicieron posible esta publicación.

Rodó y la mujer

Sucede con Rodó, como con todos los pensadores que contribuyen a fortalecer los cimientos de la Civilización, que para tratar de neutralizar su positivo aporte a las ideas fuerza que constituyen el sostén -cada vez más frágil- de la cultura clásica, se fabrican chicanas con el ánimo avieso de invalidarlos.

La mayoría de los argumentos que utilizan para descalificar la obra de estas mentes superiores (verdaderos "tetes" en el sentido de Platón) es la crítica fuera de su contexto histórico.

Se viene diciendo, recientemente, que en la obra de Rodó la mujer casi no tiene cabida.

Los detractores cultos en esta clave, que los hay, dirán que en Ariel -la obra, cuya fama superó al autor- toma como telón de fondo el drama de Shakespeare *La Tempestad*, y allí desfilan algunos de sus principales personajes como Ariel, Calibán, Próspero, pero no se menciona a Miranda, la hija de este último.

Una observación un tanto infantil, destinada a mentes teñidas con esa ingenuidad indispensable de los adeptos/as de sectas, donde la fe anula la razón.

Rodó nunca incursionó por un género literario como las novelas, donde es indispensable la presencia femenina. Aunque destaca a autores que sí lo han hecho como Paul Bourget. Y cuando cita a Flaubert escoge como paradigma de la vulgaridad al boticario, a Mr. Homais, y omite mencionar la tremenda tragedia que constituye el desencuentro con la realidad de Mme. Bovary, la que a su vez es víctima de las novelas románticas de las que el siglo XIX fue tan pródigo. Como Alonso Quijano lo fue de la novela de caballería que pululaban en el Renacimiento.

Quienes acuden a este tipo de comentarios cometen un error de análisis, ya señalado por el propio Rodó en su Liberalismo y Jacobinismo. "Ya no se infaman épocas enteras de la historia del mundo: se las explica y comprende, y eso vale mucho más. La historia no es ya una forma retrospectiva de la arenga y el libelo como en los tiempos, de Gibbon y Voltaire. La historia es, o bien un camposanto piadoso, o bien un laboratorio de investigación paciente y objetiva; y en cualquiera de ambos conceptos, un recinto al que hay que penetrar sin ánimo de defender tesis de abogado, recogiendo en él, a favor de generalizaciones y abstracciones que son casi siempre pomposas ligerezas, armas y pertrechos para las escaramuzas del presente".

En ese deber ser del cual habla el Maestro, se resalta en primer lugar la empatía histórica: explicar y comprender.

Esta actitud aparte de injusta, rebela profunda ignorancia sobre la obra de Rodó. Sin ir más lejos, una de las páginas más brillante de *Motivos de Proteo* está protagonizada por una bellísima joven y se titula La Respuesta de Leuconoe. No solamente es una alegoría al continente americano cuya existencia se ignoraba en la época de la hegemonía de Roma, sino que encierra una conmovedora reflexión sobre el espíritu y la necesidad de amplitud y de espacio que éste debe poseer.

"Espacio, espacio, es lo que te queda después que la esperanza con color y figura, y el ideal concreto, y la fuerza o aptitud de claridad conocida, te abandonaron en mitad del camino. Espacio: mas no es ese donde el viento y el pájaro se mueven más arriba que tú y con alas mejores; sino dentro de ti en la inmensidad de tu alma, que es el espacio propio para la frase que tú tienes".

Pero, más que medir la equidad de género en que se reparten los personajes en las grandes obras literarias, convendría medir con que respeto y admiración han tratado a Rodó tres de las más talentosas poetas contemporáneas: Gabriela Mistral, Alfonsina Storni y Juana de Ibarbourou.

En el libro "Parábolas. Cuentos simbólicos" editado por Contribuciones Americanas de la Cultura prologado por Juana Ibarbourou (Juana de América) como "Mínimo madrinazgo!", Juana Fernández, se define como "...apenas la madrina mínima de esta quijotesca aventura editorial", fechado Montevideo, 1953.

Vayamos a uno de los hechos históricos que forman el verdadero contexto del que ningún análisis de época podría prescindir.

En los últimos meses de 1916 se había fundado el Consejo Nacional de Mujeres del Uruguay, presidida por Paulina Luisi. La iniciativa replicaba localmente a un proceso que se estaba dando en el mundo: las organizaciones de mujeres reclamaban sus derechos. El Consejo -al igual que sus similares extranjeros- tenía un medio de difusión impreso denominado Acción Femenina.

"Respondiendo a una invitación del Rector de la Universidad se nombraron delegadas del Consejo para constituir el Comité de homenaje a José Enrique Rodó, a las señoras B. M. de De-María, C. C. de Nery y M. S. de Sánchez.

El Consejo, con motivo de la muerte de Rodó, envió una encomiastica nota de pésame a su señora madre". Y la Asamblea aprobó el informe por unanimidad.

Suplemento Especial 150 años del nacimiento de José Enrique Rodó
Escriben: AGUIAR MALOSETTI, Gonzalo (Universidad Oswego, EE.UU.); BERNARDO, Horacio (Uruguay); CANFIELD, Martha (Universidad de Florencia, Italia); da SILVEIRA, Pablo (Uruguay); ETTE, Ottmar (Universidad Potsdam, Alemania); FATTORUSO, Rodolfo M. (Uruguay); LEONE, Jorge (Uruguay); MANINI RÍOS, Guido (Uruguay); MURUCI, Fabio (Universidad de Espíritu Santo, Brasil); PÉREZ ANTÓN, Romeo (Uruguay); PINEDA, Sebastián (Universidad de Puebla, México); SAAVEDRA INARAJA, María (Universidad San Pablo, Madrid); SAN ROMÁN, Gustavo (Universidad St. Andrews, Escocia); SANGUINETTI, Julio María (Uruguay); SILVA, Robert (Uruguay). **Fotografías:** Héctor Testoni. **Diseño:** Mónica Píriz. **Coordinador:** Guillermo Silva Grucci. **Editor General:** Hugo Manini Ríos.
Foto de tapa: Óleo de José Enrique Rodó, por M. Barthold. Palacio Legislativo. Parlamento del Uruguay. Foto: Héctor Testoni.

Esta publicación fue realizada por *La Mañana*. Por consultas a Suplementos Especiales comunicarse al teléfono +598 29002124. Plaza Cagancha 1335, oficina 517. CP: 11.100 Montevideo, Uruguay. Contacto: info@lamañana.uy. Se imprimió en la Planta Industrial de El País S.A. Ruta 1, km 10. Tel: 29017115. Montevideo, Uruguay. Julio 2021. Depósito Legal 369.096. Inscripción MEC: Autorización en trámite N° 2019-11-0001-0882.

Declarado de Interes por:

Ministerio de Educación y Cultura

Ministro de Educación y Cultura de la República Oriental del Uruguay.
Dr. en Filosofía por la Universidad de Lovaina (Bélgica).
Escritor, profesor e investigador.

Pablo da Silveira

Especial para *La Mañana*

El valor de las ideas

Rodó ca. 1892. Foto: Chute & Brooks (Montevideo)

José Enrique Rodó no tuvo poder ni fortuna. Vivió sin disponer de grandes medios, especialmente después de la temprana muerte de su padre. Y si bien hizo política y en tres ocasiones fue diputado, sus tensiones con José Batlle y Ordóñez le quitaron capacidad de influencia dentro del gobierno y de su propio partido.

Pese a lo anterior, Rodó fue uno de los hombres más influyentes que ha tenido este país. Esa influencia no solo trascendió límites geográficos (recorrió toda América y llegó hasta Europa) sino que también traspasó límites temporales: a 150 años de su nacimiento, Rodó sigue siendo leído, interpretado, discutido. En particular, las huellas que dejó su obra siguen siendo hasta hoy una clave para entender el proceso intelectual y cultural de no pocas sociedades.

La influencia de Rodó no se debió al dinero ni al poder que no tenía, sino a la calidad de su prosa y a la riqueza de sus ideas. Sobre el primer punto puede haber debates. Para algunos, el estilo rodoniano mantiene casi intacta su capacidad de seducción, mientras que para otros se ha visto afectado por el cambio de sensibilidades que inevitablemente trae el paso del tiempo. En cambio, es muy difícil poner en duda lo segundo. Las ideas de Rodó siguen hablándonos e interpelándonos, así como siguen generando interpretaciones divergentes, que a veces quedan asociadas a posiciones muy distantes dentro del espectro político.

Todos estamos acostumbrados a escuchar que los intereses y las correlaciones de fuerza mueven al mundo. Y desde luego sería ingenuo negar su capacidad de influencia. Pero lo que a veces perdemos de vista es la enorme fuerza transformadora que tienen las ideas. También ellas mueven al mundo, aunque a veces nos cueste percibirlo. Conceptos como los de libertad, justicia, igualdad o derechos vienen modificando nuestras formas de vida, al menos desde los antiguos griegos. Muchos rasgos de nuestra convivencia simplemente no pueden entenderse si no prestamos atención al modo en que esos conceptos han condicionado nuestras decisiones.

Estar celebrando a José Enrique Rodó a un siglo y medio de su nacimiento es también estar celebrando el valor de las ideas como motor de nuestra existencia personal y colectiva. Y es muy bueno hacerlo a la manera de Rodó, es decir, discutiendo, confrontando, buscando significados que están lejos de lo obvio.

En un tiempo en el que estamos demasiado rodeados de debates en los que nadie intenta persuadir a nadie, donde todo se reduce a una sucesión de alineamientos automáticos y de respuestas previsibles, volver a Rodó es reencontrarnos con el encanto de un pensamiento que no se deja encasillar ni instrumentalizar fácilmente. Rodó nos habla y nos interesa, pero no estamos de acuerdo en lo que nos dice. Eso no debe ser visto como un problema sino como una oportunidad de enriquecimiento. El disenso, las divergencias, los matices, no son anomalías que haya que solucionar cuanto antes, sino frutos valiosos de la libertad.

NUEVOS RUMBOS Seminario preparatorio para el diseño de carreras universitarias de formación en educación

El Ministerio de Educación y Cultura se encuentra abocado a la realización de un seminario preparatorio dirigido al personal directivo, técnico y docente de entidades públicas y privadas que aspiren a impartir carreras universitarias de formación en educación.

El objetivo del Seminario es fortalecer las capacidades de esas entidades para diseñar propuestas que cumplan las condiciones requeridas para su reconocimiento académico universitario.

Participan de él 130 personas de todo el país a lo largo de diez módulos. Cada uno de ellos aborda diferentes temáticas con especialistas nacionales e internacionales:

- *Competencias docentes en Uruguay* a cargo de la University of Easter Finland & EduCluste Finland.
- *Diseño curricular* a cargo del Dr. Jesús Manso de la Universidad Autónoma de Madrid.
- *Innovación en la formación en educación* a cargo del Dr. Carlos Marcelo de la Universidad de Sevilla.
- *Liderazgo e innovación docente* a cargo de la Fundación Varkey de Argentina.
- *Habilidades socioemocionales* a cargo de Proyecto Educativo de México.
- *Educación inclusiva* a cargo del Programa de Educación Inclusiva de la Dirección de Educación del MEC junto a Unicef Argentina.
- *Acompañamiento docente* a cargo de Enseña Uruguay.
- *Estándares docentes* a cargo de Erika Castillo, Carmen Montecinos y Horacio Walker de Chile.
- *Liderazgo escolar: acciones potentes para construir centros exitosos* a cargo de Paul Bambrick-Santoyo de Estados Unidos.
- *Habilidades y competencias tecnológicas* a cargo de Plan Ceibal.

Por informes y consultas:
nuevosrumbos@mec.gub.uy

Ministerio de Educación y Cultura

Romeo Pérez Antón
Especial para *La Mañana*

Dr. en Derecho y Ciencias Sociales. Ha investigado y enseñado Ciencia Política, especialmente Partidos, Ideologías e Integraciones Multinacionales. Actual presidente de la Sociedad Rodoniana.

Rodó en sus sucesivas contemporaneidades

Partamos de una comprobación de estricta actualidad. Este año 2021 se cumplen los 150 pasados desde el nacimiento de José Enrique Rodó. Es un sesquicentenario, que se conmemora en Uruguay y otros países. Lo conmemorará también la Real Academia Española, de la que fue aquél miembro correspondiente. El Día del Patrimonio se dedica este año, en Uruguay, a señalar huellas de la actividad cultural y política de Rodó y a destacar su legado de pensamiento filosófico y crítica literaria, de ensayo histórico y experimentación en géneros y entonaciones, de polémica doctrinaria y óptimo periodismo cultural, de pedagogía y legislación social.

Todo esto tiene un fundamento de cuya existencia somos conscientes pero cuya naturaleza y virtualidades no hemos comprendido cabalmente. Quizás hoy en día nos estemos aproximando a tal comprensión y probablemente estemos conmemorando lo que sabemos de larga data y celebrando lo que hemos comenzado recientemente a descubrir. Esa novedad de saber nos permite decir serenamente: Rodó es universal.

Un torrente secular

Ramiro Podetti, con la colaboración de Adriana Cuadrado, ha producido una bibliografía sobre Rodó y el arielismo limitada a los últimos veintidós o veintitrés años. Como señala Podetti en la introducción de esa bibliografía, ésta se ciñe a ese corto período y a textos que revistan la condición de libros, capítulos de libros o artículos de revistas académicas. Incluye solamente materiales que *en sus respectivos títulos* lleven al menos una de estas dos palabras *Rodó* y *Arielismo*.

Deberíamos traer a colación muchos datos cuantitativos y cualitativos que la bibliografía de Podetti proporciona (autores, disciplinas y especializaciones involucradas, idiomas, editores, cantidad de páginas sumadas, etc.) Sólo consideraremos uno de tales datos, el primario entre los cuantitativos. El número total de entradas relevadas para esos veinte años largos es de 336.

En veinte años, 336 abordajes rigurosos de Rodó y su arielismo. Un promedio de 15 por año. Más de uno por mes. Un torrente. Podemos acercar a él nuestro vaso y llenarlo. Pero nadie dominará el torrente, nadie lo asumirá en toda la infinidad de sus significados. A eso se le llama un clásico. No se trata de un *best seller* (por las distancias temporales respecto de la aparición de su obra y su actividad). No se trata de una supervivencia impuesta por la publicidad. No se trata de una rutina ceremonial e inerte. Es una contemporaneidad surgida del interés intelectual y artístico, que han renovado espontáneamente no menos de cinco generaciones, contando de treinta en treinta años (la de 1870, la suya, y las del 900, 930, 960 y 990, que ya toma la antorcha en sus élites de la agudeza y la inquietud investigadora). Cuatro generaciones optaron por hacerlo su contemporáneo.

> *Rodó es un fenómeno de cultura profunda, capaz de trascender civilizaciones*

Algunas bibliografías

Existen varias bibliografías rodonianas. Algunas generales y otras particulares, por períodos o por disciplinas (análisis literario, historia de las ideas, filosofía, historia política, estudios culturales). Escrutarlas en conjunto arrojaría pautas y conclusiones valiosas, algunas de ellas sorprendentes. No es este el momento ni el lugar para hacerlo. Tomaremos, sin embargo, tres de esas bibliografías, que articularemos con la de Ramiro Podetti para extraer un par de hipótesis a continuar procesando.

Arturo Scarone, que fue Director de la Biblioteca Nacional uruguaya, presentó en 1930, en dos volúmenes, una ambiciosa bibliografía general de lo publicado de autoría de Rodó y también de lo publicado acerca de Rodó. Se incluyen asimismo intervenciones parlamentarias del pensador y múltiples fuentes éditas para su biografía. La obra de Scarone es minuciosa y se halla respaldada principalmente en el acervo de aquella Biblioteca. Incluye un estudio preliminar de Ariosto D. González, de muy alta calidad y que ofrece una primera, brillante lectura analítica de la información acumulada y organizada por Scarone.

Unos años después, la perspicaz y exigente Editorial Aguilar, de Madrid, encargó a Emir Rodríguez Monegal la ejecución de un cuarto intento de reunir, ordenar, introducir la totalidad y prologar las partes componentes de unas *Obras Completas* de Rodó. Rodríguez Monegal trabajó en ello durante ocho años y la primera edición cuajó en 1957; logró rápidamente el reconocimiento como la mejor fuente rodoniana édita. Diez años después, los mismos protagonistas, empresa editorial y crítico, publicaron una segunda edición, portadora de agregados muy específicos pero significativos. Sólo una publicación en 1972 por el Senado uruguayo de la actuación parlamentaria de Rodó, recopilada e introducida por Jorge Silva Cencio, depara una ineludible fuente complementaria de las *Obras Completas* de Aguilar, no obstante incluir éstas (y el repertorio de Scarone también) sendas secciones dedicadas al importante desempeño de nuestro autor en el Poder Legislativo.

Al abordar Rodríguez Monegal su bibliografía rodoniana, comienza por destacar entre todas las precedentes la de Arturo Scarone, declara que aprovechó las fichas de Scarone y atribuye mérito a ese trabajo pero entiende que carece de criterios selectivos dilucidantes y de una estructuración plausible del cúmulo informativo. De allí que titule la sección correspondiente de las *Obras Completas* a su cargo "Bibliografía Crítica". Pese a que Rodríguez Monegal es demasiado reticente en la apreciación de la contribución de Scarone, no hay dudas de la calidad de la que efectúa él mismo: un listado mucho más conciso, y aun así de 161 entradas en lo que corresponde a textos sobre Rodó y alrededor de 425 en la esmeradísima reseña de los que son de su autoría.

La tercera bibliografía que queremos atender apareció en 1953, año en que Ediciones Cultura Hispánica imprimió en Madrid *El Pensamiento de José Enrique Rodó*, de Glicerio Albarrán Puente. Se trata de una tesis de doctorado, de casi 800 páginas, sustentada en una investigación desarrollada en España y en Uruguay. Posee ambición intelectual y solidez argumentativa. Se centra en lo que su título menciona, el pensamiento de Rodó, en especial su filosofía. Se encuentra bastante olvidada, no obstante ser rigurosa y profunda. La bibliografía que ofrece (y que cubre principalmente la primera mitad del siglo veinte) contiene una muy completa mención de las ediciones de los escritos de Rodó, inclusive los más ocasionales, así como de los estudios que versan sobre la vida, la personalidad y la obra de aquél. Ostenta referencias no contenidas en bibliografías previas y en muchos casos no recogidas en bibliografías posteriores. Bajo tales características, consta de casi 600 entradas, que llenan 48 páginas del libro.

Bibliografías de distintas generaciones

Las diferencias estructurales que separan estas cuatro bibliografías no impiden reunirlas. En conjunto, potencian la virtualidad de cada una y trazan una sucesión. De estas dos notas se desprenden las dos hipótesis a que referíamos antes.

1.- Las bibliografías son hipertextos (textos sobre textos, discurso referido a discursos) repletos de revelaciones y sugerencias, de sesgos analíticos y nuevas posibilidades de lectura. En ellas cobra inusitada energía "la mirada de los otros", la recepción, las resonancias de las ideas y los símbolos, de los estilos y los géneros. Las bibliografías resultan necesariamente críticas, inclusive si no lo fuera ninguno de los elementos que las componen, y eso porque sólo es posible leerlas como reverberación o repercusión de una obra, segunda etapa que consiste siempre en juicios valorativos.

La hipótesis es que Rodó ha generado, desde muchas décadas a esta parte, una constelación. La bibliografía rodoniana es de valor rodoniano en muchos de sus títulos, mantiene aquel valor al extenderse, representa una red coherente y eficaz, en lo filosófico y en lo literario.

2.- Captadas como una sucesión (Scarone 1930, Albarrán 1953, Rodríguez Monegal 1967, Podetti 2021), las cuatro bibliografías exhiben el desbordante y sostenido caudal de una corriente que pasa ante nosotros durante casi un siglo. Y decimos desbordante porque se va propagando en lo geográfico (lentamente, es cierto) y ha cruzado ya unas cuantas fronteras de culturas y aun de civilizaciones. Duradero y expansivo, ese caudal no puede haber corrido superficialmente. Tiene que estar cavando cauce. He ahí un pasar que introduce permanencias. Rodó es un fenómeno de cultura profunda, capaz de trascender civilizaciones.

La hipótesis es que la vigencia de su obra no ha tenido los altibajos que algunos críticos e historiadores han creído percibir. Las cuatro bibliografías que forman la sucesión a que referimos son documentos de generaciones distintas, en los investigadores que las establecieron y en el hecho mismo de que pudieron establecerlas con novedades sobre las anteriores. Rodó nunca perdió vigencia. Comentando su bibliografía del siglo veintiuno, coincidíamos recientemente con Ramiro Podetti acerca de esta continuidad de Rodó, cada vez más nítida.

Tango: *universal creación sudamericana*

"Me siento ufano de criollismo cuando veo que la más universal creación sudamericana ha trascendido a un rótulo de la Rambla del Centro: el Cabaret-Tango"

Barcelona, setiembre 1916,
Camino de Paros.

RODÓ SIGUE SUSCITANDO AEDAS

El sueño de Ariel

A José Enrique Rodó

Un canto a la vida y a la juventud
hace más de un siglo nació con Ariel
Los ecos persisten, resuenan aún
nuevos horizontes se abrieron con él

Entre los vaivenes de la humanidad
y las inquietudes del diario vivir
tu pensamiento, puro, espiritual
es como un faro hacia el porvenir

En el cielo rosado
del alba sobre el mar
tu verbo está vigente
es universal

El sueño de una patria
iberoamericana
tal vez en un mañana
se pueda alcanzar

Tu América Latina
de alma indivisible
no es un imposible
¡Vive tu ideal!

Texto: Raúl Montero
Música: Anita Pierotti

Realización 19 de abril de 2012

ESCUACHAR AQUÍ

Robert Silva García
Especial para *La Mañana*

¿Qué puede decirnos hoy sobre educación José Enrique Rodó?

Los homenajes son verdaderamente tales si, lejos de ser instancias puramente protocolares, nos invitan también a reflexionar sobre la actualidad, a articular el pasado con el presente. En ese sentido, y en ocasión de la celebración de los 150 años de su nacimiento, José Enrique Rodó tiene mucho para decirnos sobre aspectos centrales del campo educativo.

Rodó nos recuerda que el ser humano es siempre un todo integral y que con ese mismo enfoque de integralidad debe ser abordada la formación. Aun cuando metodológicamente deba establecerse varias divisiones conceptuales (disciplinas, competencias, niveles), el estudiante es siempre un ser completo que va mucho más allá de cualquier categoría técnica.

El maestro Próspero

En *Ariel*, Rodó habla a través del maestro Próspero, quien se dirige a Próspero les recuerda que la educación no solo consiste en una formación puramente profesional sino fundamentalmente humana. "Hay una profesión universal, que es la de hombre", dice Próspero y agrega, "aspirad, pues, a desarrollar en lo posible, no un solo aspecto, sino la plenitud de vuestro ser".

Rodó reafirma la idea de que la educación no puede entenderse en torno a lo puramente utilitario. No niega que deba tener una utilidad ligada a las actividades que ejercerán los individuos en la sociedad, pero rechaza la idea de que pueda reducirse a ello. La educación debe estar compuesta también del saber general y desinteresado, aquél cuya única finalidad es enriquecer al propio ser humano. Frente a la valoración únicamente de lo útil y de lo especializado, vale la pena releer en Ariel:

"Cuando cierto falsísimo y vulgarizado concepto de la educación (...) subordinada exclusivamente al fin utilitario, se empeña en mutilar, por medio de ese utilitarismo y de una especialización prematura, la integridad natural de los espíritus, y anhela proscribir de la enseñanza todo elemento desinteresado e ideal, prepara para el porvenir espíritus estrechos, (...) incapaces de considerar más que el único aspecto de la realidad con que estén inmediatamente en contacto (...)".

La educación integral es clave para cada individuo, pero también para la democracia. Al formar seres humanos, contribuye a mejorar la convivencia democrática entre ciudadanos con mayores capacidades y oportunidades de obrar y de elegir. Pero para que todos tengan la oportunidad de acceder a ese enriquecimiento individual y colectivo, Rodó subraya en el texto precitado que "la educación popular adquiere, considerada en relación a tal obra (...) un interés supremo. Es en la escuela, por cuyas manos procuramos que pase la dura arcilla de las muchedumbres, donde está la primera y más generosa manifestación de la equidad social, que consagra para todos la accesibilidad del saber y de los medios más eficaces de superioridad".

En ese sentido, la educación es clave para lograr igualdad de oportunidades. Para Rodó "(...) la igualdad democrática puede significar una igual posibilidad, pero nunca una igual realidad, de influencia y de prestigio, entre los miembros de una sociedad organizada. (...) El deber del Estado consiste en colocar a todos los miembros de la sociedad en indistintas condiciones de tender a su perfeccionamiento". La educación contribuye a que todos tengan la posibilidad de desarrollarse. Rodó destaca la necesidad de apostar por la educación pública, como herramienta niveladora en el punto de partida.

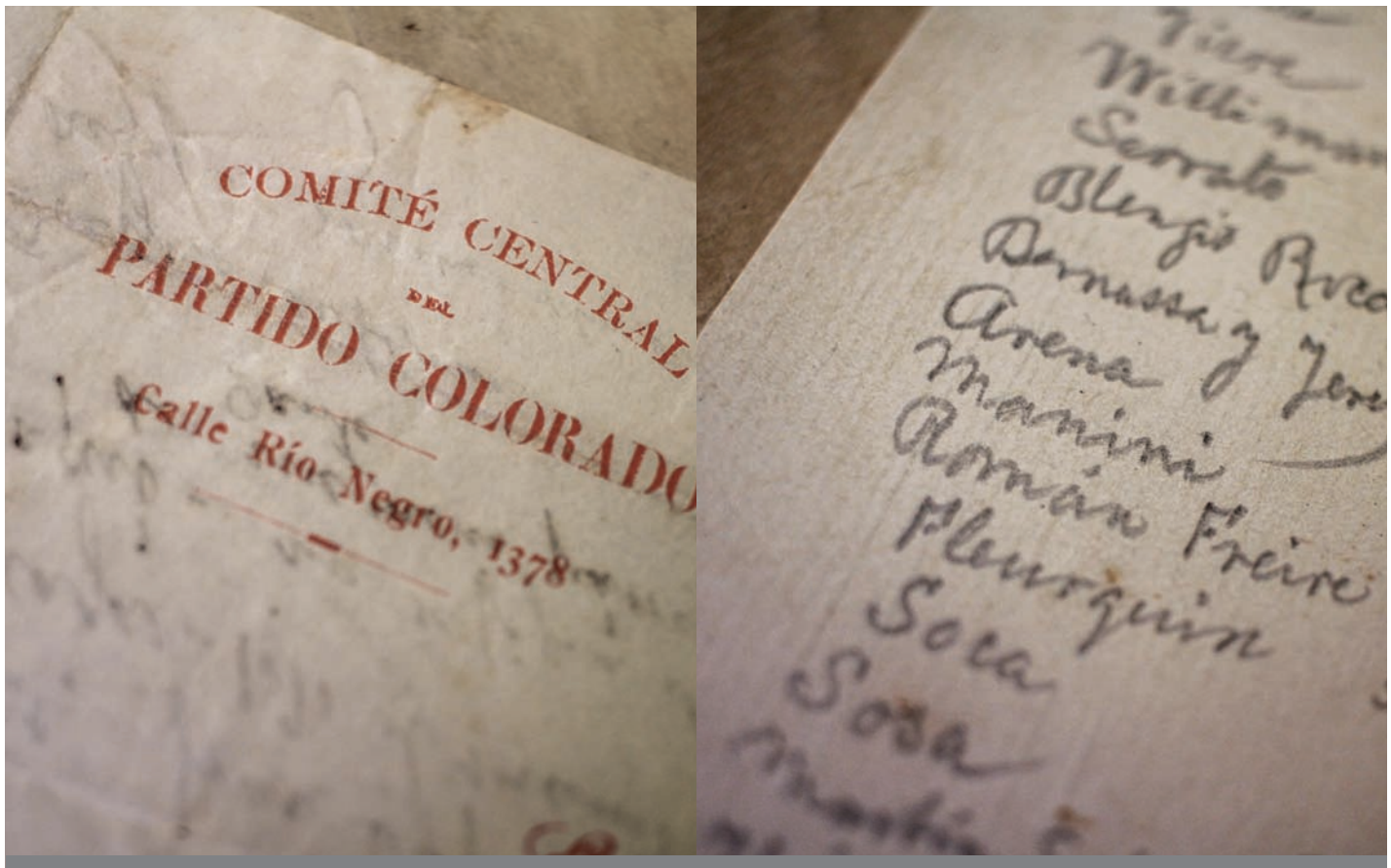
Homenajear a Rodó es continuar apostando por la educación pública. Es entender la educación en su dimensión profundamente humana, en su función social y como herramienta indispensable de la democracia.

Dr. en Derecho y Ciencias Sociales, docente, tiene posgrados en Habilidades Gerenciales, Gestión Estratégica de RRHH y Administración de la Educación. Actualmente preside el Consejo Directivo Central de la Administración Nacional de Educación Pública (ANEP).

Julio María Sanguinetti
Especial para *La Mañana*

Abogado, escritor, periodista. Presidente de la República Oriental del Uruguay 1985-1990, 1995-2000.

Rodó en perspectiva



Documento del Comité Central del Partido Colorado. Fuente: Archivo General de la Nación. Foto: Serrana Pin

Hace unos años Jorge Edwards escribió un artículo en *El País* de Madrid titulado "La culpa la tuvo Rodó". Recogía una opinión, muy difundida en su tiempo y reverdecida en los últimos años, sobre la influencia que tuvo en la formación intelectual latinoamericana su concepción idealista, contracara del pragmatismo anglosajón con su eficacia económica. Se condena la idea rodoniana cuestionadora del "vulgarizado concepto de la educación, que la imagina subordinada exclusivamente al fin utilitario, se empeña en mutilar, por ese utilitarismo y una especialización prematura la integridad natural de los espíritus".

El llamado "arielismo" fue visto así como una ensoñación elitista, un renacimiento del clasicismo ático, afincado en torno a la idea del cultivo del espíritu y de la belleza, con desprecio de la atención a las necesidades materiales de la vida.

Pese a la enorme repercusión que tuvo el *Ariel* en el continente, atribuir tanta responsabilidad a un escritor parece, por cierto, algo desmesurado. En el caso, además, no se ajusta a la densidad de un pensador bastante más complejo y mucho menos a la realidad de nuestra cultura, que viene impregnada del desprecio al trabajo manual, que ya está en los latinos, y del ideal nobiliario tan afín a España, a la que mucho ha costado asumir los ideales "burgueses" del culto del trabajo, el valor del comercio y de la iniciativa individual.

Lo que sí ha combatido Rodó es la vulgaridad y los excesos de la especialización, en la búsqueda del equilibrio de aquella Atenas que "supo engrandecer a la vez el sentido de lo ideal y el de lo real, la razón y el instinto, las fuerzas del espíritu y las del cuerpo".

Una lectura mutilada

Esta misma lectura mutilada de Rodó es la que ha llevado a que sea usado como un emblema del antiyanquismo cuando su opinión es admirativa de "lo que aquel pueblo de cíclopes ha conquistado directamente para el bienestar material", esperando -eso sí- que "el espíritu de aquel titánico organismo social, que ha sido hasta hoy voluntad y utilidad solamente, sea también algún día inteligencia, sentimiento, *idealidad*...". Preocupado por la formación de una plutocracia "enriquecida y soberbia", advierte sobre el riesgo que ella representa para los ideales liberales. No hace falta decir que el período de gobierno que acaba de terminar en los EE.UU., con la escenificación grotesca de la toma de la Casa Blanca, es el testimonio inequívoco de esa parte oscura del inmenso progreso material del coloso del Norte que denunciaba Rodó al principio del siglo XX.

> ***Rodó era un intelectual, un espíritu independiente, y era natural que pudiera coincidir como discrepar frente a la fortísima personalidad de Batlle***

> ***La figura de Rodó se erige como central en la evolución de la literatura de habla española***

En cualquier caso, es importante en nuestros días reconquistar para la formación de nuestra juventud un debate serio sobre *Ariel* y el arielismo. No dudamos que las nuevas generaciones le verán como de un idealismo algo desapegado de la realidad, pero también les mostrará la necesidad imprescindible de la reflexión y el pensamiento en esta época de correcaminos en que, a salto de mata, creemos estar informados con los titulares noticiosos que nos ofrece un teléfono.

El político

Otra dimensión importante de la necesaria perspectiva sobre Rodó es la del actor político, que vivía la angustia propia del intelectual pleno de matices y obligado a transar diariamente con las exigencias de una realidad nunca atada a los manuales teóricos.

Ante todo, digamos que fue un colorado de sólida convicción, que creía que la Defensa de Montevideo frente a la tiranía rosista fue "lo más grande que se haya realizado en suelo americano a partir del último cañonazo de Ayacucho". Del mismo modo que afirmaba: "De todos los caudillos del Río de la Plata, contando lo mismo los que le precedieron que los que vinieron después de él, Rivera fue el más humano; quizás, en gran parte, porque fue el más inteligente". "Quiso en todo momento, para sí y para sus actos, un ambiente de libre publicidad; y hay un decreto que lleva su firma y es para él un timbre de honor como homenaje tributado a la libertad de pensamiento". Con toda razón escribió que la campaña de las Misiones "es la página que más sin reserva podamos vincular al hecho de nuestra definitiva independencia, de nuestra constitución como nacionalidad".

Apoyó con entusiasmo las dos candidaturas presidenciales de Don Pepe. La segunda, en 1911, es posterior al tan mentado debate sobre los crucifijos en los hospitales, que motivaran su célebre polémica con Pedro Díaz. No fue un debate con un colorado sino con un diputado "liberal", que por vez primera había entrado al Parlamento en nombre de ese novel partido. En cualquier caso, Rodó integró la propia lista parlamentaria de Batlle y apoyó su candidatura, del mismo modo que más tarde se distanció de él por su propuesta de gobierno colegiado.

Rodó era un intelectual, un espíritu independiente, y era natural que pudiera coincidir como discrepar frente a la fortísima personalidad de Batlle, un líder político que impulsaba un programa de profundas reformas desafiando fuertes oposiciones. En la propia cuestión social, Rodó fue miembro informante de la Ley de 8 horas y de la Ley de Creación de los Liceos Departamentales, pero -a la vez- cuestionó lo que vio, en algunos momentos, como "extremo radicalismo" de las propuestas del presidente. La altura de esos debates honraba a sus actores, como honró sin duda al Partido Colorado, en que alternaban hombres de esa jerarquía política e intelectual.

A 150 años de su nacimiento, la figura de Rodó se erige como central en la evolución de la literatura de habla española, a la que enriquece con una prosa "modernista" solo comparable en armonía a la de las sonoras poesías de Julio Herrera y Reissig o Rubén Darío. A la vez, como un pensador insoslayable, que nos sigue desafiando a pensar de qué modo conciliamos el irrefrenable avance científico con los requerimientos de una naturaleza humana que siempre reclama algo más.

Senador de la República Oriental del Uruguay por Cabildo Abierto. General de Ejercito. Cte. en Jefe del Ejército 2015-2019. Lic. en Historia por la UCU. Ejerció la docencia en institutos militares.

Guido Manini Ríos
Especial para *La Mañana*

La tergiversación como arma en el mundo de las ideas

Cuando un mensaje de gran envergadura que puede afectar el andamiaje apolillado de algún *establishment* no se puede ocultar, hay que buscar la forma de tergiversarlo; o vaciarlo de contenido.

Una figura que fue adquiriendo la estatura de Rodó, dentro y sobre todo fuera de fronteras, no es posible soslayarla luego del estado público que adquirió a nivel mundial, sobre todo en Hispanoamérica y España.

Esto hace que despierte celos enfermizos que se traducen en enconado rechazo. Ni que hablar cuando sus ideas ponen en tela de juicio la ya alicaída concepción positivista y materialista de la existencia.

Ya en vida, pero fundamentalmente después de muerto, había que opacar al "Maestro de la juventud de América" ¡y si fuera posible arrebatarle el título! Es así que, en la década de 1920, cuando se apagaron los ecos del apoteótico y multitudinario entierro con que se recibieron sus restos traídos de Italia a casi tres años de su fallecimiento, comenzó una torva embestida destinada fundamentalmente a vaciar de contenido sus palabras y bastardear su mensaje.

En forma insistente se ha querido etiquetar y simplificar a Rodó como un escritor fatuo, falto de contenido, elitista y aristocratizante, desapegado a cualquier compromiso. Muy por el contrario, Rodó estaba comprometido con la realidad social de su tiempo.

El 6 de mayo de 1917, a pocas horas de saberse en nuestro país la noticia de su fallecimiento en Sicilia, decía en el Senado de la República Pedro Manini Ríos:

"Sr. presidente, la muerte de José Enrique Rodó es duelo nacional. Todos los órganos de la vida del país han suspendido sus actividades para saludar la entrada a la posteridad del más ilustre prócer del pensamiento uruguayo. Este formidable duelo público tiene la virtud de unirnos en la comunión del mismo sentimiento y en la vibración de idénticas expresiones...

En las muy breves palabras que voy a decir, si bien no debo dejar de manifestar que siento orgullo de que el eminente intelectual haya sido militante de la causa política a la que pertenezco y vicepresidente del Comité Ejecutivo de nuestra agrupación, quiero referirme principalmente al alto carácter con que su personalidad investía algo como las credenciales del entendimiento nacional ante el concierto intelectual de la América Latina...

En lo que me es personal recuerdo con verdadera y profunda emoción que aquella águila de la tribuna francesa, el gran Jaures en ocasión del banquete que se le diera a su paso por Montevideo, solicitó vivamente que Rodó fuera uno de los comensales, porque quería conocer y cultivar al autor de *Ariel*, libro cuya lectura produjo en su espíritu, según declaró, la impresión imborrable de uno de los evangelios más acabados del verbo latino...".

"La limitación de la jornada de trabajo es, en todas partes, la más vehemente y porfiada de las reivindicaciones obreras", José Enrique Rodó.

La peor pandemia

Estamos convencidos que la peor pandemia que hoy sufre nuestro país y buena parte del mundo no es la del coronavirus, es la de la falta de motivación, la de una juventud sin una luz en el horizonte, que ha perdido su razón de vivir, que vive de espaldas al mundo real y elude comprometerse con los grandes temas nacionales y sociales. Y es en estas circunstancias en que el mensaje de Rodó adquiere inusitada vigencia.

Es tiempo ya de convocar a las fuerzas de la esperanza, trasmitir el potencial que encierra ser joven, repetir con Rodó que está dentro de cada uno esa fuerza capaz de transformar al mundo. Recordemos que el leitmotiv de su otra obra cumbre (junto a *Ariel*), *Motivos de Proteo*, destinada a ensanchar la inconmensurable fuerza interior del ser humano: "¡Hombre de poca fe! ¿Qué sabes tú lo que hay acaso dentro de ti mismo? ¿Nada crees ya en lo que dentro de tu alma se contiene?...".

> ***"En forma insistente se ha querido etiquetar y simplificar a Rodó como un escritor elitista y desapegado a cualquier compromiso, muy por el contrario estaba comprometido con la realidad social de su tiempo"***

Más allá de la claridad de su pensamiento, expresado por escrito ya sea en sus inmortales ensayos, ya en sus discursos parlamentarios o en sus artículos periodísticos, se insistió en presentarlo como un intelectual torremarfilista totalmente despreocupado de la realidad, como un escritor estilista pendiente de la sonoridad de las palabras, al estilo del modernismo decadente. Hasta especulando con su nuevo posicionamiento en el Partido Colorado. Pero conviene dejar claro que su separación de Batlle se debió exclusivamente al rechazo del proyecto para implantar un ejecutivo colegiado, al igual que Manini hiciera posteriormente. La sensibilidad por la justicia del Maestro lo ubica inequívocamente en la primera fila de los reformistas sociales de comienzos del siglo XX.

Esta es la única lectura que admite el pedido que hace el máximo dirigente socialista europeo, Jean Jaures, cuando le pide a Pedro Manini Ríos, entonces ministro del Interior de Batlle y Ordóñez, de que Rodó lo acompañara en el banquete que ese ministerio iba a ofrecer en su honor con motivo de la visita a Uruguay el 9 de septiembre de 1911.

Vale recordar que hace cuatro años, con motivo del centenario de su muerte, el movimiento obrero inauguró en la plaza 1º de Mayo, un monolito con una frase de Rodó que habitualmente utiliza el movimiento sindical uruguayo: "El trabajador aislado es instrumento de fines ajenos, el trabajador asociado es dueño y señor de su destino".

Para mostrar hasta dónde se puede llegar cuando obedeciendo a intereses inconfesables se intenta falsear ideas o etiquetar a figuras, aún de la talla del Maestro de la Juventud de América, reivindiquemos la verdad histórica y vayamos a lo que realmente opinaba Rodó en el ámbito parlamentario respecto a la justicia social.

Justicia social y trabajo obrero

En 1906 cuando se inicia el debate sobre la jornada laboral, realiza una serie de agudas apreciaciones que luego incluye en *El mirador de Próspero* bajo el título: "Del Trabajo Obrero en el Uruguay. Con motivo de la ley propuesta en 1906 por el Gobierno uruguayo".

"Los conflictos entre el capital, que defiende su superioridad, y el trabajo, que reclama su autonomía, no son el rasgo privativo de una sociedad o de una época: pertenecen al fondo permanente y sin cesar renovado de la historia humana...".

"La limitación de la jornada de trabajo es, en todas partes, la más vehemente y porfiada de las reivindicaciones obreras. Fúndase esa reivindicación en la necesidad de proporcionar el esfuerzo a la medida de la resistencia normal de la salud, y en el derecho de disponer, fuera de la tarea obligatoria, de algún tiempo de reposo de espíritu o de actividad personal y libre...".

Y como vislumbrando que habría una formula superadora de ambas figuras supuestamente antagónicas, expresa: "...Hay que comprender una estrecha solidaridad de destinos que vincula al capital y al trabajo, y que no debe, abusar de sus fuerzas ni exacerbar sus agravios, sino ver en el agente productor y ver en sí mismo como dos órganos cuya integridad es mutuamente necesaria para ambos, siendo la condición la salud de un cuerpo único...".

Avanzando en el mismo sentido conciliatorio y pretendiendo superar la virulenta dialéctica que ya golpeaba fuerte en aquel entonces, agrega: "...Fomentar en obreros y patronos el espíritu de asociación profesional, de modo que cada una de esas parcialidades se organice y adquiera personalidad corporativa, relacionándose entre ambas y propendiendo a equilibrar sus conveniencias y derechos".

Las ideas frescas de este profeta, que, aunque esté cumpliendo los 150 años, no pierde la imagen del joven visionario, siguen teniendo hoy plena vigencia.

Hoy más que nunca, sigue retumbando la voz de Próspero: "...debéis empezar por reconocer un primer objeto de fe en vosotros mismos. La juventud que vivís es una fuerza de cuya aplicación sois los obreros y un tesoro de cuya inversión sois responsables. Amad ese tesoro y esa fuerza; haced que el altivo sentimiento de su posición permanezca ardiente y eficaz en vosotros. La juventud es el descubrimiento de un horizonte inmenso, que es la Vida".

¡Arraigada convicción del Maestro que se repite en toda su obra: las banderas de los cambios, deben flamear en las manos de los jóvenes!

Horacio Bernardo
Especial para *La Mañana*

Lic. y Magíster en Filosofía. Contador Público. Docente y escritor. Miembro de la Sociedad Rodoniana. Asesor en Asuntos Culturales de Presidencia del CODICEN de la ANEP. Coordinador del Plan Educativo-Cultural de la ANEP.

"Rodó advertía... que una de las mutilaciones más comunes y silenciosas es aquella que priva a los seres humanos de su vida interior. Por eso exhorta a cuidar ese espacio". Foto casa de J. E. Rodó en Santa Lucia, Canelones.

> **"O es perpetua renovación o es una lánguida muerte, nuestra vida".**
> ***J. E. Rodó***

Rodó y el conocimiento de sí mismo

La obra de José Enrique Rodó busca el enriquecimiento del ser humano tanto a nivel colectivo como individual. Lejos de ser aspiraciones contrapuestas, ambas son complementarias. La defensa de los valores democráticos y de la justicia social van de la mano con la construcción del espacio interior que cada individuo necesita para desarrollar su autenticidad. Conocerse a sí mismo es, para Rodó, saber desde qué lugar se parte y hacia dónde se aspira a dirigir la acción en el mundo social y cotidiano.

Rodó ilustró su profundo pensamiento filosófico a través de parábolas o cuentos simbólicos. En *Ariel* (1900), el profesor Próspero -protagonista de la obra- cuenta a sus discípulos la "Parábola del rey hospitalario" que muestra la integración del mundo social con la necesidad del conocimiento de sí mismo.

La historia sucedió, tal vez, en un tiempo remoto. Hubo un rey hospitalario que vivía en el Oriente -narra Próspero-. Su hospitalidad albergaba tanto al hombre pobre en busca de pan, como aquel otro deseoso de una palabra amiga. A su palacio acudían personas de diversas procedencias, profesiones y posiciones sociales. Era la casa del pueblo. Todo era libertad y camaradería dentro de ese lugar admirable y nunca hubo guardias que vedasen su entrada. En los pórticos abiertos, el rey recibía a todos los visitantes. Había allí una libertad paradisíaca, una inmensa reciprocidad de confianzas que mantenían la animación de una fiesta inextinguible.

Pero dentro, muy dentro en el palacio, oculta a la mirada de los visitantes se hallaba una misteriosa sala en la que a nadie le era permitido ingresar, a excepción del mismo rey. La rodeaban muros espesos. No se oía ni un eco del bullicio exterior; había en ella un silencio profundo. Aunque sus puertas estaban cerradas para todo visitante, el rey aseguraba que su hospitalidad seguía siendo tan generosa y grande como siempre. En la sala soñaba, se liberaba de la realidad, en ella sus miradas se volvían a lo interior y se hundían en la meditación. Así se comportó durante el resto de sus días, siendo hospitalario y guardando absoluta privacidad en la sala. Él dijo, al final de sus días: solo he sido un huésped más en mi palacio.

El reino interior

Hasta aquí la anécdota de la parábola. Rodó explica, a través de Próspero, que la historia simboliza el escenario del reino interior de cada uno. Ese reino debe ser abierto como el palacio del rey, confiado a todas las corrientes del mundo. Pero no debe reducirse únicamente a la pura interacción. También debe poseer la sala escondida y misteriosa que no pertenezca a nadie más que a la razón serena. Próspero culmina diciendo a sus discípulos: solo cuando logren penetrar dentro del inviolable espacio de la reflexión, podrán considerarse hombres libres.

Rodó advertía ya al inicio del siglo XX que, en las sociedades contemporáneas, una de las mutilaciones más comunes y silenciosas es aquella que priva a los seres humanos de su vida interior. Por eso exhorta a cuidar ese espacio. Lejos de significar un repliegue individualista, superfluo o utilitario, la sala oculta es el lugar que hace posible que la hospitalidad en el palacio sea fructífera para todos. Solo se puede interactuar y comprometerse con el mundo social si se conserva un espacio resguardado, íntimo, absolutamente vedado para esa sociedad con la que se interactúa.

Y, por otra parte, solo se puede reflexionar profundamente en soledad si antes se ha escuchado diferentes voces, necesidades, anécdotas, si se ha compartido emociones involucrándose con la realidad y con los otros, pues si así no fuese no habría sobre qué meditar. A lo largo de la obra de Rodó, esa preocupación complementaria por lo social y lo individual será una constante y de ella puede extraerse lecciones sumamente enriquecedoras.

Autoconstrucción necesaria

La primera frase de *Motivos de Proteo* (1909) es "Reformarse es vivir". Filosóficamente, Rodó parte de la concepción de que el mundo es puro cambio, porque no hay nada que pueda escapar a la transformación (sutil o abrupta) que ocurre día a día. Los objetos, los seres vivos, los astros, todo está sujeto al cambio en el tiempo. Cada ser humano también, pero puede dirigir el cambio sobre sí mismo. *Re-formarse* quiere decir volver a darse forma. No hay para el hombre un destino escrito a nivel cósmico o impuesto en la Tierra por causas naturales inalterables. Cada individuo posee la voluntad para actuar sobre sí y trabajar para construir su personalidad, para darse forma. Pero el primer paso para dirigir ese cambio es conocerse a sí mismo, saber en dónde se está situado en el aquí y ahora, y hallar una vocación con la que se desee participar en el mundo de la vida.

Para ello es necesario meditar, reflexionar, dedicarse a tareas que, aparentemente, no tienen finalidad concreta alguna. En aquello que parece inútil, sin embargo, se juegan las decisiones fundamentales de todo ser humano. Por eso Próspero, al culminar de explicar la parábola del rey hospitalario les pide a sus discípulos que no permitan que su vida quede reducida a la pura utilidad. Que siempre exista en ustedes un espacio para la meditación desinteresada, la contemplación ideal, para el ocio noble. ¡Que siempre haya un espacio interior, impenetrable, de reflexión como en la sala de mi cuento!

Rodó nos recuerda que el autoconocimiento importa a nivel individual y colectivo. Tener la oportunidad de conquistar ese espacio interior es una tarea propiamente humana. Una tarea necesaria a ser defendida y reivindicada.

ADHESION DE LA ASOCIACION ESPAÑOLA AL SEQUICENTENARIO
DEL NATALICIO DE JOSE ENRIQUE RODO

SISTEMA DE ATENCION CONVERGENTE

Simple - Confiable - Solidario

ASOCIACION ESPAÑOLA
ESPAÑOLA MOVIL
FAMILIA ACOMPAÑANTES

DIFERENTES NIVELES ASISTENCIALES, CON LA MISMA CONFIANZA

ASOCIACION ESPAÑOLA

1920-1234 www.asociate.com

COBERTURA TOTAL DE ASISTENCIA MEDICA

Martha L. Canfield
Para *La Mañana* desde Italia

Poeta, traductora y ensayista, docente de Literatura Hispanoamericana en Italia. Miembro de la Academia de Letras del Uruguay, Premio Iberoamericano en México 2015.

José E. Rodó: el pensamiento único y la vocación didáctica

"Quedad fieles a mí, amad mi recuerdo…, pero mi doctrina no la améis sino mientras no se haya inventado para la verdad fanal más diáfano". Monumento del escultor José Belloni, Parque Rodó, Montevideo. Foto gentileza Héctor Testoni.

En la historiografía literaria uruguaya Rodó forma parte de la Generación del 900, que corresponde a la del 98 en España y a la Modernista en Hispanoamérica, junto con Javier de Viana, Carlos Reyles, Carlos Vaz Ferreira, Roberto de las Carreras, Julio Herrera y Reissig, María Eugenia Vaz Ferreira, Florencio Sánchez, Horacio Quiroga, Álvaro Armando Vasseur y Delmira Agustini; todos lectores de Nietzsche y de Baudelaire, aunque de allí derivaran posiciones distintas y a veces opuestas, como ocurría entre Reyles y Rodó, a pesar de la amistad que los unía.

Reyles, por ejemplo, no aceptó nunca el optimismo rodoniano. Pero todo el grupo se reconoce en la búsqueda de la "modernidad". Todos, incluso los más atraídos por los elementos locales, como Quiroga, Sánchez o Javier de Viana, tratan de trascender los límites de la literatura "regionalista" o "criollista" y la tendencia a hacer predominar en la lengua literaria los rasgos dialectales, y en general lo logran. Florencio Sánchez será considerado el fundador del teatro rioplatense; Horacio Quiroga ha sido señalado, junto a pocos más, como el iniciador de la nueva narrativa hispanoamericana; Herrera y Reissig dejó una herencia poética fundamental para la poesía post-modernista e incluso vanguardista.

En medio de esta rica generación, tal vez única en el panorama uruguayo, la figura de Rodó se destaca en cuanto sólo él se empeña en la construcción de una dimensión americana y sólo él construye su americanismo a escala universal, como señaló lúcidamente hace ya más de medio siglo Emir Rodríguez Monegal.

Una trágica regla

No obstante, desdichadamente, en Rodó se verifica una trágica regla que parece atacar a los mejores escritores uruguayos: como Quiroga, Florencio Sánchez, Juan Carlos Onetti, Rodó tuvo que dejar la patria con amargura, decidido a no volver por un tiempo que programaba lo más largo posible. Pero luego se enfermó gravemente y murió antes de regresar; los otros, en cambio, partieron en exilio voluntario y definitivo. Es cierto que, cuando partió Rodó, sus colegas periodistas organizaron una manifestación para despedirlo que resultó popular y muy numerosa; pero también es cierto que este acto quería reparar la vergüenza de que el más famoso escritor nacional tuviera que viajar Europa como corresponsal de un periódico argentino porque el gobierno de su país lo había eliminado de la comisión destinada a representar al Uruguay en las celebraciones españolas por el Centenario de las Cortes de Cádiz. Por otra parte, mientras Rodó se afirmaba como filósofo y como maestro para toda la América española, los escritores uruguayos no reconocían su valor; el mismo Reyles, aun siendo amigo suyo, no compartía sus ideas.

> *"La literatura fragmentaria de Rodó "se puede considerar como un anuncio de un gusto literario y filosófico que el siglo XX ha reivindicado"*

La generación sucesiva, que surge entre 1915 y 1920, conocida como la Generación del Centenario, no fue iconoclasta, en parte porque casi todos los escritores precedentes habían muerto: María Eugenia, Sánchez, Rodó y Julio Herrera gravemente enfermos, Quiroga suicida, Delmira asesinada. El longevo Roberto de las Carreras fue encerrado en un manicomio a la edad de 35 años hasta su muerte, sin que lograra recuperar la memoria. La Generación del Centenario se propuso entonces crear una continuidad con la anterior y su expansión empezó aceptando las contribuciones de sus mayores, así como también tratando de superar el repertorio ya entonces exhausto del Modernismo y aceptando implícitamente las críticas que Rodó había hecho a Darío y a sus imitadores. Pero a pesar de ello, en este armonioso pasaje de una generación a otra, Rodó quedó afuera: fue olvidado e incluso tergiversado y criticado. Su idealismo pareció retórico; fue acusado de no considerar el problema indígeno, de incitar al ocio noble una sociedad que debía sobre todo trabajar para construirse un bienestar todavía no alcanzado.

Hoy día en cambio, volviendo a su obra con una mirada más amplia y desprejuiciada, se puede apreciar cómo sus fundamentos éticos y estéticos sigan en pie. Incluso su estilo, el culto del fragmento tan evidente en sus obras mayores como *Motivos de Proteo* y *El mirador de Próspero*, se puede considerar como un anuncio de un gusto literario y filosófico que el siglo XX ha reivindicado. Con una visión más lúcida y profética Alfonso Reyes había saludado esa tendencia rodoniana como la inauguración de un nuevo tipo de literatura, la fragmentaria, que hemos aprendido a admirar en obras de grandes maestros como Roland Barthes, Jorge Luis Borges, Octavio Paz, y que más recientemente ha abierto las puertas a la *flash fiction* o micronarrativa.

De hecho, la superioridad espiritual de Rodó se ejerció en primer lugar sobre el grupo generacional, pero luego se difundió como estímulo y guía de nuevos caminos espirituales. No sobra recordar que la misma fundación de la Sociedad Rodoniana en 2009, con la afiliación de tantos estudiosos y amantes de la obra y de la persona de Rodó y con la intensa actividad de investigación y difusión de nuevos estudios rodonianos, es una prueba de cómo la herencia del filósofo y refinado escritor haya llegado a un vastísimo nivel.

Vencer, con honor

El punto central de su enseñanza, condensado en la frase con la cual empieza el primer fragmento de *Motivos de Proteo*, o sea "Reformarse es vivir…", propende a la formación de una personalidad adulta y responsable, capaz de hacer elecciones conscientes y sin retroceder nunca en la búsqueda de la verdad, ni aun en el caso en que las soluciones percibidas puedan contradecir las propuestas del maestro, conservadas con devoción en la memoria de los discípulos. La parábola "La despedida de Gorgias" lo ilustra con exquisita precisión. En la cena de despedida, antes de encaminarse a la muerte –en una ceremonia y en circunstancias todas inventadas por Rodó, pero que en el parafrasear la Última Cena evangélica testimonian su constante deseo de hallar un punto de síntesis entre la cultura griega clásica y la cultura cristiana–, Gorgias rechaza la proposición de sus alumnos que quisieran jurar eterna fidelidad a cada una de sus palabras. Con el rechazo de Gorgias Rodó manifiesta su repudio del fanatismo y también de quienes se encierran cómodamente en el dogma. "La verdad que os haya dado [con mi filosofía]", dice Gorgias a sus discípulos, "no os cuesta esfuerzo, comparación, elección […] como os costará la que por vosotros mismos adquiráis, desde el punto en que comencéis realmente a vivir". Y sigue: "Quedad fieles a mí, amad mi recuerdo […], pero mi doctrina no la améis sino mientras no se haya inventado para la verdad fanal más diáfano". El brindis entonces, propuesto por Leucipo, el mejor alumno, y aceptado por el maestro es: "Por quien me venza con honor en vosotros".

Estas palabras del brindis son citadas muy a menudo porque resultan emblemáticas del *pensiero* rodoniano y no es casual que hayan sido elegidas para ilustrar el monumento dedicado al Maestro, realizado por José Belloni en 1947, que se levanta en un amplio espacio del parque que lleva también su nombre. O sea que hoy ya no quedan dudas: más allá de las incomprensiones e injusticias sufridas en vida, José Enrique Rodó es el gran Maestro que nuestro país ha dado a América y al mundo y sus enseñanzas nos siguen abriendo caminos y nos iluminan, estimulándonos a buscar verdades nuevas que serán ramas crecidas de sus raíces.

Ph. D. Profesor visitante de estudios latinoamericanos y luso-brasileños en Florida Atlantic University, EE.UU. Autor de *La modernidad refractada: pensamiento, creación y resistencia en la historia intelectual de Argentina, Brasil y Uruguay (1900-1935)* publicado en 2019.

Gonzalo Aguiar

Para *La Mañana* desde EE.UU.

Reflexiones sobre la enseñanza de Rodó en los Estados Unidos

A 150 años de su nacimiento, leer a Rodó continúa siendo un compromiso ético con el pensamiento latinoamericano y con las nuevas generaciones de estudiantes interesadas en explorar en su literatura de ideas algunas construcciones del sujeto cívico en relación con un mundo crecientemente tecnificado.

"Aquí fue escrito Ariel". Bajo relieve representando al efebo alado, obra del escultor D'Aniello, Ateneo de Montevideo.

No mucho tiempo antes del comienzo de la pandemia, enseñaba a un grupo de estudiantes norteamericanos fragmentos del *Ariel* en la traducción al inglés de Margaret Sayers Peden. Superadas las primeras dificultades en torno a la retórica rodoniana (tarea en la que la traducción misma colaboraba gracias a un fabuloso trabajo de reconstrucción del texto), la discusión en clase se enfocó en el desciframiento de ciertos conceptos que, por un motivo u otro, llamaban la atención de los estudiantes.

No tenía duda del poder de convocatoria que tendrían las ideas de Rodó sobre los Estados Unidos: muchos de ellos manifestaron una mezcla de sorpresa seguida de curiosidad intelectual cuando identificaron la mención al utilitarismo y al ciego progreso material del gigante del Norte con las críticas a la sociedad de consumo y al proyecto imperialista que venían aprendiendo de otras disciplinas universitarias. Exigidos al mismo tiempo por el deseo de justicia social y la intención pragmática de obtener un título universitario asociado al éxito económico y social, los estudiantes leyeron a Rodó con el impulso de saldar una deuda de reconocimiento a una enorme área geocultural por largo tiempo distorsionada, mal comprendida o simplemente estereotipada en los medios de comunicación masiva del país.

Fue también de especial interés para ellos las referencias a la educación pública como forma de solventar la desigualdad social en una sociedad abierta a las corrientes migratorias. Existe actualmente un vehemente debate al respecto en los Estados Unidos, despertando así una serie de reacciones encontradas dentro de la clase que muchas veces complicaba el tono y el contenido de las discusiones en consideración. Fue interesante observar cómo Rodó, un pensador muchas veces asociado a una forma superada de interpretar la modernidad, convertía a muchos de ellos en fervientes defensores de causas lejanamente emparentadas con la intención inicial del autor.

Discutiendo a Rodó

Sin sospechar quizás la tremenda presión político-partidaria que ambos conceptos tendrían en el transcurso de la pandemia, la clase discutió el siguiente pasaje del *Ariel*: "La democracia y la ciencia son, en efecto, los dos insustituibles soportes sobre los que nuestra civilización descansa". Algunos consideraron que la frase no motivaba el diálogo en clase por el simple hecho de contener verdades evidentes por sí mismas. Los estudiantes tomaban mi clase como requisito para sus concentraciones en estudios globales, comunicaciones o ciencias, de modo que una problematización de los términos planteados por el pensador uruguayo no era parte de la dinámica pedagógica.

Sin embargo, no hay que olvidar la forma en que la frase rodoniana se vincula a ciertos procesos de corrosión de las instituciones democráticas que ocurren en la actualidad, siendo los intentos de deslegitimar el saber científico a través de campañas orquestadas de noticias falsas algunas de sus expresiones más visibles en las redes sociales. Situación difícil de anticipar por parte de los estudiantes lectores de Rodó, por supuesto. Aun así, la experiencia resultó ser una dura lección sobre el modo en que ciertos hechos pueden ser vulnerados por ese mismo conjunto de intereses reductivos que se encontraban en las antípodas del espíritu de la joven América Latina pregonado en el *Ariel*.

> ***Los estudiantes leyeron a Rodó con el impulso de saldar una deuda de reconocimiento a una enorme área geocultural por largo tiempo distorsionada...***

Leer a Rodó durante la vida prepandémica significó para los estudiantes un ejercicio de decodificación cultural de un pensador nacido en el siglo XIX. El encuentro se llevó a cabo en un texto que reconoce la aspiración a la autonomía intelectual y espiritual para contrarrestar la lógica de la "nordomanía" en un subcontinente en busca de su identidad. Es el mismo impulso que lleva a Rodó a declarar, en "La tradición en los pueblos hispanoamericanos", que las leyes no son más que injertos (recordar a Martí) en el tejido social y político de la república si se dejan de lado "los hábitos de la conciencia colectiva", porque la tarea primordial es "ser algo propio, tener un carácter personal". Es el mismo impulso que aparece en "El genio de la raza", cuando afirma que el idioma español es uno de los factores aglutinantes de las comunidades hispanoamericanas, aun cuando este tipo de declaraciones torne invisible el aporte de culturas colonizadas que están en el centro del giro decolonial en los estudios latinoamericanos.

Raza y cultura

Es por ello que los temas de raza y cultura no dejaron de presentarse tanto en las discusiones como en los trabajos de los estudiantes, muchos de ellos acostumbrados a percibir América Latina como una versión latina del crisol de culturas o "melting pot", término ya en desuso para caracterizar la integración cultural de los inmigrantes en los Estados Unidos. Aunque la raza sea un punto ciego en los argumentos de Rodó, no hay que olvidar que hubo en el mensaje arielista y en otros escritos una corrección al determinismo biológico de lo racial que confrontaba los supuestos más negativos del darwinismo social en boga. Los estudiantes de a poco percibieron que Rodó abogaba por una unidad latinoamericana cuyos componentes individuales quedaban subsumidos en la gran idea que había partido del sueño bolivariano de integración latinoamericana.

Ya en 1929 el antropólogo cubano Fernando Ortiz afirmaba en "Ni racismos ni xenofobias" que la noción de "raza hispánica" era una ficción etno-racial apoyada en concepciones esencialistas que resultaban insuficientes para describir la rica y heterogénea experiencia del ser latinoamericano. Ortiz vino a sustituir el término "raza" por "cultura", expandiendo así el campo de estudios de la cultura latinoamericana hacia el desarrollo de varias disciplinas científicas que dejarían un legado importante en las décadas del 30 al 50. Entre otras frases expresivas de su pensamiento antitético, Ortiz sostuvo que "la raza es concepto estático, la cultura, lo es dinámico (...) Por la raza sólo pueden animarse los sentimientos; por la cultura los sentimientos y las ideas".

¿Por qué no conjeturar que el Rodó de "Sobre América Latina", donde el pensador uruguayo abogaba por una modernidad cosmopolita que no perdiera las señas de identidad de una cultura nacional en gestación, no es él mismo el precursor arielista de un enfoque culturalista en el estudio de las relaciones raciales en el continente durante la primera mitad del siglo XX? Descabellado como pueda parecer a primera vista, son las palabras de Ortiz las que parecen entroncarse en el afán de integración americana propagado en los escritos de Rodó: "La cultura une a todos; la raza sólo a los elegidos o a los malditos".

El Rodó 2.0 deberá contribuir a discusiones sustanciales sobre democracia, racismo, ciencia, educación e idealismos políticos y sociales desde una perspectiva global. Los textos de Rodó están ahí, perdurando en la conciencia del lector con su suma de cuestiones palpitantes; depende de nosotros, profesores y estudiantes, continuar el diálogo dentro del marco pedagógico y metodológico que ofrece la bioesfera digital.

Fabio Muruci
Para *La Mañana* desde Brasil

Rodó e a Grande Guerra

Em carta para Juan Francisco Piquet, datada de janeiro de 1904, José Enrique Rodó já reclamava do quanto a estupidez da guerra tornava o ambiente político e a vida cotidiana em seu país ainda mais difícil. O histórico de guerras e golpes que marcava a trajetória do continente americano desde as lutas de independência foi tema de diversos artigos publicados durante sua vida, o "sport nacional" como veio a chamar com sarcasmo. Ao mesmo tempo, procurou em diversos de seus textos estabelecer uma certa distinção entre conflitos que abrem a possibilidade de novos mundos e aqueles que são apenas explosões selvagens de fúria nacionalista. Em seu próprio país, as disputas partidárias violentas resultavam em constantes manifestações de cansaço e desânimo expressos em sua correspondência.

Contra as explosões violentas que surgiam de tempos em tempos em sua parte do mundo, Rodó defendia ideais de civilização e transcendência que ele acreditava poder identificar na cultura europeia, ou, pelo menos, parte dela. Utilizando uma visão muito pessoal das tradições do humanismo renascentista, do cristianismo e da cultura greco-romana antiga, Rodó via na civilização latina uma mistura de valores que apontavam para o cultivo desinteressado das artes e do conhecimento e um amplo ideal de harmonia social. A América Latina que ele tomava como seu ideal seria herdeira dessa história. A França, país da onde absorvia suas principais inspirações intelectuais, era o centro desses valores espirituais e estéticos. A Inglaterra, apesar das reticências que sentia a respeito da religião protestante, fornecia um ideal político liberal muito influente em seu pensamento.

Perturbadoras notícias do Velho Mundo

Não surpreende, então, que a eclosão da Grande Guerra de 1914 tenha sido um evento perturbador em sua trajetória. Logo nos primeiros meses do conflito, Rodó publica uma curta série de artigos jornalísticos nos quais procura acompanhar as perturbadoras notícias que chegam do Velho Mundo. Ele ressalta, já no início, que a forma de acompanhar os grandes conflitos internacionais mudou. Com o telégrafo, as notícias chegam rápido e são abundantes. O cronista se resguarda de decidir a veracidade da torrente de informações contraditórias, muitas delas relatando episódios de horror. Com tom de certa ironia, lembra que a guerra, para os habitantes da América distantes do cenário de conflito, se tornou tema de conversas saborosas nos cafés, acompanhadas pela degustação do moka. Em termos modernos, Rodó vê a guerra se transformar em espetáculo midiático.

Mas, para ele, seria inaceitável a impassibilidade diante de tamanha catástrofe. Adepto da crença de que a expansão da cultura europeia é um processo civilizador, minimiza as consequências do colonialismo e apresenta a expansão franco-britânica como uma disseminação pelo mundo dos ideais liberais. Por isso, vê na Grande Guerra um conflito de significado completamente diferente das guerras civis americanas ou de conflitos étnicos africanos, onde seria ainda possível manter uma postura mais ou menos imparcial. Na Europa, ao contrário, estaria em jogo o destino da própria liberdade. E, em sua opinião, a França e seus aliados são o lado que todo amante da civilização liberal deve defender sem hesitação. Os povos americanos teriam um legado racial e político herdado do mundo latino europeu que tornaria este posicionamento inescapável, mesmo que a neutralidade militar seja mantida. Herança que vem da Revolução Francesa de 1789, inspiradora das lutas americanas de emancipação.

Seu repúdio pela Alemanha é total embora não seja apoiado exclusivamente em bases raciais e nacionais. Rodó admira a "Alemanha liberal", a Alemanha dos poetas e dos filósofos, de Kant e de Goethe. Menos forte e menos rica do que o Império de Guilherme II, ela teria mais espiritualidade e compartilharia os valores fundamentais do humanismo. A nova Alemanha, porém, seria guiada por um "César" expansionista e reacionário, perdido em delírios de restauração da Europa feudal e governando na crença da superioridade da força sobre a lei e o direito. Um tirano aparentemente nostálgico do direito divino e do absolutismo. Os perigos desse sonho expansionista teriam sido demonstrados pela cruel invasão da Bélgica, um atentado contra o direito de neutralidade das nações pequenas.

Intervenções norte-americanas

Rodó fez parte da geração de letrados latino-americanos do fim do século XIX assustados com o crescimento das intervenções norte-americanas nos assuntos locais. A participação dos Estados Unidos na luta de independência cubana em 1898 pode ter sido um dos acontecimentos que o motivaram a escrever seu clássico livro *Ariel*. O temor de que a civilização latina estivesse destinada a ser eclipsada pelo fortalecimento dos países do norte da Europa suscitou muitas reflexões sobre a necessidade de reformas profundas. Para Rodó, uma vitória alemã na Grande Guerra poderia fortalecer as correntes de opinião pública defensoras de relações internacionais geridas pela força das grandes potências. Nada garantiria que a América Latina não despertasse a cobiça do que ele chamava "aquele outro imperialismo, americano", o qual poderia agir mais livremente, se usando da condição de protetor das Américas contra o expansionismo europeu.

Apesar de todos os seus esforços para valorizar os ideais da civilização europeia, a leitura de suas crônicas deixa clara a decepção causada pela eclosão da tragédia militar. Assombrado com as notícias de batalhas que mobilizavam milhões de soldados de cada lado, causando um aterrador número de fatalidades, Rodó deixa visível o tremor que atingiu sua fé na grandeza europeia. Já nas primeiras crônicas, descreve o abalo causado pela carnificina no orgulho do homem contemporâneo e na crença no progresso da espécie. Questiona se esta civilização, no auge da sua grandeza, não cairá como outras do passado para deixar espaço para uma ordem mais justa.

Depois de quase meio século de relativa paz no continente europeu, muitos poderiam ter acreditado que as fúrias do militarismo e do nacionalismo haviam se tornado ultrapassadas. Uma fantasia que o próprio Rodó pode ter compartilhado. Porém, diante do espetáculo de destruição descrito nas mensagens telegráficas, se pergunta se as guerras intestinas das Américas, afinal, também não são parte da herança europeia que formou os povos locais. E prevê uma literatura do pós-guerra não marcada pelo heroísmo e sim pela culpa, devastação e miséria.

Em seu último ano de vida, pôde realizar o tão sonhado e tantas vezes adiado projeto de conhecer a Europa, ainda em plena guerra, viagem interrompida por seu falecimento na Itália. Mas sua percepção já estava marcada, então, tanto pelo cultivo de seus ideais humanistas quanto pelo pessimismo diante do que viu.

Dr. en Historia por la Universidad Federal de Río de Janeiro. Prof. en la Universidad Federal de Espíritu Santo, Vitoria, Brasil.

> *"Rodó vê a guerra se transformar em espetáculo midiático"*

> *"Rodó fez parte da geração de letrados latino-americanos assustados com o crescimento das intervenções norte-americanas nos assuntos locais"*

José E. Rodó a bordo del Amazon, en el puerto de Pernambuco, junto al cónsul de Uruguay el 21 de julio 1916 en viaje a Europa. Foto gentileza: Héctor Testoni.

El Amazonas y el Plata: un destino histórico

"Por las virtualidades de su situación geográfica y de sus fundamentos históricos, el Uruguay parece destinado a sellar la unidad ideal y la armonía política de esta América del Sur, escenario reservado en el espacio y el tiempo, para la plenitud del genio de una grande y única raza". José Enrique Rodó

"No necesitamos los sudamericanos, cuando se trate de abonar esta unidad de raza, hablar de una América Latina; no necesitamos llamarnos latinoamericanos para levantarnos a un nombre general que nos comprenda a todos, porque podemos llamarnos algo que signifique una unidad mucho más íntima y concreta: podemos llamarnos 'iberoamericanos', nietos de la heroica y civilizadora raza que sólo políticamente se ha fragmentado en dos naciones europeas; y aún podríamos ir más allá y decir que el mismo nombre de hispanoamericanos conviene también a los nativos del Brasil; y yo lo confirmo con la autoridad de Almeida Garret: porque, siendo el nombre de España, en un sentido original y propio, un nombre geográfico, un nombre de región, y no un nombre político o de nacionalidad, el Portugal de hoy tiene, en rigor, tan cumplido derecho a participar de ese nombre geográfico de España como las partes de la península que constituyen la actual nacionalidad española; por lo cual Almeida Garret, el poeta por excelencia del sentimiento nacional lusitano, afirmaba que los portugueses podían, sin menoscabo de su ser independiente, llamarse también, y con entera propiedad, españoles.

Más de una vez, pasando la mirada por el mapa de nuestra América, me he detenido a considerar las líneas majestuosas de esos dos grandes ríos del continente: el Amazonas y el Plata, el rey de la cuenca hidrográfica del Sur; ambos rivales en las magnificencias de la naturaleza y en los prestigios de la leyenda y de la historia, y tan extraordinariamente grandes que, por explicable coincidencia, sus descubridores, maravillados y heridos de la misma duda de si era un mar o un río lo que tenían delante, pusieron a ambos ríos el mismo nombre hiperbólico: 'Mar Dulce' llamó Yañez Pinzón al Amazonas, y 'Mar Dulce', también, llamó al Plata, Díaz de Solís.

Venido el uno, el Amazonas, donde se sueltan sus niñeces de Marañón, de las fundidas nieves de los Andes, rompe, desgobernado y tortuoso, entre el misterio de las selvas, recoge a su paso el enorme caudal de centenares de ríos y de lagos, y ya fuerte y soberbio, corre, buscando la cuna del sol, hacia el Oriente, se empina hasta tocar la misma línea equinoccial, y repeliendo la resistencia orgullosa del océano con la convulsión suprema del Pororoca, se precipita sobre él como un titánico jinete, y cabalga leguas y leguas dentro del mar.

El otro, el nuestro, el Plata, amamantado en su primer avatar del Paraná con las aguas de la meseta central americana, no lejos de donde toman su vertiente tributarios del Amazonas, crece al arrullo de la floresta guaranítica; subyuga, a uno y otro lado, la ingente multitud de sus vasallos, y descendiendo con su séquito en dirección a las latitudes templadas del Sur, donde el Polo y el Trópico sellan sus paces, cruza, al sentirse grande, sus dos brazos ciclópeos del Paraná y el Uruguay, y se echa en el mar, de un empuje de su pecho gigante, en el más ancho estuario del mundo.

Yo veo simbolizado en el curso de los dos ríos colosales, nacidos del corazón de nuestra América y que se reparten, en la extensión del continente, el tributo de las aguas, el destino histórico de esas dos mitades de la raza ibérica, que comparten también entre sí la historia y el porvenir del Nuevo Mundo: los lusoamericanos y los hispanoamericanos, los portugueses de América y los españoles de América, venidos de inmediatos orígenes étnicos, como aquellos dos grandes ríos se acercan en las nacientes de sus tributarios, confundiéndose y entrecruzándose a menudo en sus exploraciones y conquistas, como a menudo se confunden para el geógrafo los declives de ambas cuencas hidrográficas; convulsos e impetuosos en la edad heroica de sus aventuras y proezas, como aquellos ríos en su crecer; y serenando luego majestuosamente el ritmo de su historia, como ellos serenan, al ensancharse, el ritmo de sus aguas, para verter, en el océano inmenso del espíritu humano, amargo salobre con el dolor y el esfuerzo de los siglos, su eterno tributo de aguas dulces: ¡las aguas dulces de un provenir transfigurado por la justicia, por la paz, por la grande amistad de los hombres!"

Artículo recogido en *El mirador de Próspero*, 1913. Obras Completas de Aguilar, 1957.

Este artículo es la reelaboración de un fragmento del borrador de un discurso que Rodó hubo de pronunciar en Río de Janeiro, a fines de 1909, en ocasión de la firma del Tratado Uruguay-Brasil de ese año.

Rodolfo M. Fattoruso
Especial para *La Mañana*

Filósofo, crítico literario, ensayista y editor uruguayo. Autor de *Maestros de la Gracia: La abadía de Port-Royal en el siglo XVII, y Liberalismo Armado*, entre otros.

Lo que nos falta

Fue Nietzsche, creo, quien temió el advenimiento del siglo XX; dijo que sería calamitoso, que nunca debería sobrevenir, que todos los signos lo anunciaron con sus peores trazas y que nada bueno podíamos esperar de su paso por la historia. A la vista de los resultados, medidos con la debida perspectiva sobre la espalda, siento que también en esto tuvo razón, que efectivamente el desierto fue creciendo, que el olvido del pensamiento se fue haciendo cada vez más espeso y más eficaz hasta producir la temida tierra baldía que con tanto empeño se anduvo buscando por los malos corredores de la política, de las ideologías, de las esperanzas huecas, de las trágicas utopías.

Cuando nos volcamos hacia Rodó y su legado, hacia la obra que consiguió deslizar como advertencia a su tiempo como ejemplo de todos los tiempos, no podemos menos que experimentar el vértigo de la altura, el horror de la distancia. Robert Brasillach escribía en París, hacia finales de 1939: "qué lejos está Proust de este país en el que estoy viviendo"; Proust había muerto quince o dieciséis años antes, apenas; pero la distancia le pareció enorme. Desde el abismo tumultuoso de las décadas que nos separan de aquel universo de este antro posmoderno en el que quedamos atrapados podríamos lamentar con la misma propiedad, con la misma desazón esa lejanía de la palabra límpida y el pensamiento exacto, delicado y profundo de este grande que asumió la vida política como vida moral y la vida moral y las faenas del espíritu como eje dignificador de la urgente vida natural.

Figura del Ariel diseñada por el escultor mexicano Ignacio Asúnsolo, como símbolo del Premio Ariel que es concedido anualmente por la Academia Mexicana de Artes y Ciencias Cinematográficas creado en 1946. El nombre del galardón surgió del libro homónimo de José E. Rodó, en el que Ariel es la simbolización de los ideales de la defensa de la libertad, unidad y autonomía de la cultura hispanoamericana.

De mármoles y calles

Toda época es un comienzo, y aquella en la que le tocó vivir, enseñar y ser casi olvidado apresuradamente con un mínimo salario de mármoles y de calles que lo evocan, de plazas que simulan agradecimiento y fingen una obediencia que por exigente, por demasiado buena se reputa excesiva, lo fue con creces. El país en el que Rodó ejerció su magisterio se despertaba de los entreveros erizados de las lanzas, de las prepotencias y desprecios silvestres y miraba el porvenir como algo que finalmente podía asumirse como propio a condición de conferirle un sentido de cercanía común a lo que parecía tan distante o inalcanzable; a lo que todavía estaba doliendo.

Rodó entendió, acaso el primero de toda su ingente generación, que para construir porvenir no había que borrar o negar el pasado sino que había que entenderlo y superarlo, quitarle el fuego de los antiguos reproches y dejar aquella ingenua y primordial fuente que un día nos permitió reconocernos en ciertas palabras, en ciertas rebeldías, en unos pocos y sustantivos gestos que nos permitieron hablar de honradez, de patria, de libertad, de bien social, de cultura. Y algo más: comprendió, como Renán, que la Nación no es lo que se encierra en los estrechos y ciertamente respetables límites de las fronteras, sino aquello que se forja como puente que las generaciones presentes establecen con las tradiciones más hondas y queridas de una sociedad y los hombres y mujeres que nos aguardan en los inciertos horizontes del fondo del futuro.

Su palabra y su conducta vinieron no a corregir, no a enmendar no a contemplar desde algún inaccesible Olimpo o a señalar altivamente qué había, o qué faltaba o qué debía hacerse, sino que desde la sincera inmediatez del vivir se abocó a pensar y a demostrar que nada grande podría salvarse aquí ni en ninguna parte sin la cultura y sin la moral que nos conecten con los valores e ideales que son la invicta fuerza y la esencia de la civilización occidental. Para Rodó, hombre de la cultura que estuvo en la política, que dictó cátedra de compromiso y decencia en la política no fue la política una carrera personal, ni una aventura del momento, ni, mucho menos, un medio para alcanzar influencia o lucimiento de salón; Rodó consideró que el deber del ciudadano, cualquiera fuera el lugar que ocupe en el seno de la comunidad, consiste en forjar su identidad social en diálogo con los principios que hacen y sostienen a la República, postuló que la dignidad personal, la honesta libertad de todas las horas, el amor al trabajo y el amor al estudio y el respeto mutuo son, antes y por encima de las leyes, los que consagran como costumbre y mandato la estabilidad y la dicha del sistema de convivencia pacífico de los orientales.

Ningún hombre es una isla

Encontrarnos hoy con la obra de Rodó es una ocasión para revisar dónde estamos, en qué nos hemos extraviado, en qué corremos el riesgo de convertirnos. Rodó pensando hace 120 años, filtrando trabajosamente su discurso desde las culpables deficiencias y distracciones del actual sistema educativo nos hace pensar con urgencia en aquello que lo desveló en su tiempo. Han cambiado algunos nombres propios, las fechas son distintas, la geografía urbana del amable Montevideo que lo vio caminar concentrado y casi con asombro por sus tranquilas calles ha variado bastante con mengua del encanto. Sin embargo todavía hay algo que se empecina en seguir de pie, que está agazapado y que desde aquel paisaje nos interpela, a saber: nunca podemos decir que vivimos en libertad enteramente si nos escondemos detrás de los prejuicios o de las ideologías o de las reducciones simplistas y hacemos de la ocasionalista o descarnada política el centro y no el medio de la vida nacional; nunca podremos sentir como propio un destino que es aislamiento y no identidad con nuestro continente, con nuestra lengua, con los tesoros de nuestra cultura. Y lo más importante: así como ningún hombre es una isla, según la célebre fórmula de John Donne, ningún país, ninguna comunidad tampoco lo es; todos formamos parte de la gran empresa de hacer este mundo un poco mejor. Y tendremos que empezar por casa, que es en todo tiempo y sin excusas el primer lugar desde el que somos llamados.

Rodó deriva toda su inquietante supervivencia porque nos hace pensar en lo mucho que nos falta; en lo mucho que tenemos por delante y que depende de nosotros. Y no de otros.

Nacido en Montevideo en 1956, terminó su formación en Inglaterra (Nottingham y Cambridge). Es catedrático en la Universidad de St. Andrews, Escocia.

Gustavo San Román

Para *La Mañana* desde Escocia

"Rodó tuvo a su cargo la cátedra de literatura de la sección de secundaria de la Universidad, así haciendo de Próspero *avant la lettre*… exhortará a la juventud a forjar el idealismo y el americanismo". Foto gentileza: Héctor Testoni

Rodó, profesor

En 1899 Rodó publica su estudio sobre Rubén Darío, el literato más importante de su tiempo. La evaluación es ambigua: el nicaragüense exhibe una extraordinaria habilidad técnica, pero le faltan la expresión del sentimiento, un mensaje moral profundo, y una voz latinoamericana autóctona. El ensayo está flanqueado por dos aseveraciones: al comienzo, que Darío "No es el poeta de América"; y al final, "Yo soy modernista también". Esta última es programática: Rodó ha de proponer su propia versión del modernismo, sobre todo en *Ariel*, donde Próspero exhortará a la juventud de América a vivir según altos valores morales y estéticos y a fomentar activamente el desarrollo de su continente. En otras palabras: forjar el idealismo y el americanismo.

Mientras escribía y publicaba estas obras, desde 1898 a 1901 (en que fue elegido diputado), Rodó tuvo a su cargo la cátedra de literatura de la sección de secundaria de la Universidad, así haciendo de Próspero *avant la lettre*. Es interesante ver algunos de los indicios de lo que enseñó.

Tenemos tres registros de las clases. Uno es un libro de 560 páginas, *Apuntes de historia literaria*, publicado en Madrid en 1914, que recoge notas de las conferencias que escuchó el autor, Alfredo Vázquez Varela. Incluye definiciones del tema y comentarios de una gran selección de obras desde la Biblia a los tiempos modernos. El segundo documento es otro conjunto de apuntes, por el exalumno Hipólito M. Barbagelata, hermano de Hugo D., amigo y discípulo de Rodó que se los entregó al historiador Juan E. Pivel Devoto; más tarde, Pivel le pasó una copia a Pablo Rocca, quien publicó una selección en 2001.

La tercera fuente es una revista contemporánea editada por estudiantes universitarios, *Los Debates*, que representa lo más cercano a un registro oficial del programa de Rodó. Aunque mucho más breve que las otras dos, es coherente con ellas. Hay tres textos sobre la docencia de Rodó, todos de 1899. "Géneros literarios" son notas de estudiantes, aunque es de suponer que el profesor las aprobó; no es un material particularmente revelador, pero describe las metas objetivas y subjetivas de los géneros literarios.

El texto siguiente, firmado por Rodó y titulado "Consideraciones generales sobre literatura contemporánea", es más interesante. Presenta el clasicismo francés y sus reglas de las "tres unidades" (lugar, tiempo y acción) que, como es de esperar, no agradan a Rodó por su dogmatismo, subordinación a viejas formas y falta de interés en las emociones. En cambio, le entusiasma Weimar, por haber inspirado un período deslumbrante en la historia de la humanidad. Cualesquiera sean las críticas al Romanticismo, Rodó es inequívoco sobre sus logros: "no puede desconocerse el inmenso servicio que prestó a la cultura intelectual y al progreso del arte".

La verdad ideal

El artículo más importante es "'Definiciones literarias'. Por José Enrique Rodó (Bolilla preliminar del primer curso de literatura)". Aquí el profesor da la siguiente definición de la literatura: "El conjunto de las producciones del espíritu humano que tienen por objeto esencial o accidental la realización de la belleza por medio de la palabra". Esto contrasta con la versión positivista de su predecesor Samuel Blixen, que no menciona la dimensión estética: "el estudio razonado y crítico de las producciones del pensamiento humano. […] el examen, a la vez analítico y sintético, de la vida intelectual de la humanidad".

Rodó pasa a comparar el realismo y el idealismo de una manera que señala sus propias metas estéticas:

"Cuando la poesía de cualquier género, se propone imitar la realidad de las cosas tal cual ella es, sin modificarla con arreglo a determinada idea, se dice que la obra es *realista*. Cuando modifica la realidad, depurándola de sus imperfecciones, y persiguiendo la expresión de la verdad ideal, la obra literaria pertenece a la escuela *idealista*, dentro de la que está comprendida la *romántica*".

Aunque "idealismo" es un término difícil de explicar de modo exhaustivo, la definición que propone Rodó concuerda con los significados convencionales del lexema "idea", por ej., "ideal", que en el DRAE es "Modelo perfecto que sirve de norma en cualquier dominio" y "Excelente, perfecto en su línea".

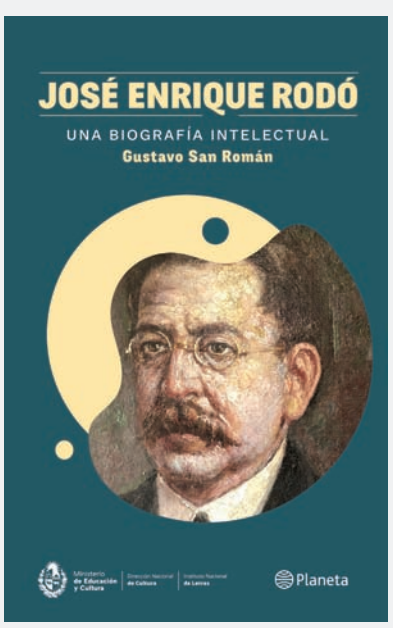
El concepto, tan central a la concepción del arte y la ética en Rodó, ocupa bastante espacio en los *Apuntes* de Vázquez Varela. En una sección sobre términos literarios, se define como "el modo de narrar las cosas tal como debieran ser, alterándolas de manera que mejoren". Más adelante hay un pasaje que comienza: "El idealismo es la escuela artística y literaria que se propone la manifestación de la verdad ideal, y no, como el realismo, la estricta imitación de la naturaleza". La verdad ideal es la esencia más pura y más íntima de un objeto, que yace más allá de la apariencia de las cosas y constituye su realidad esencial y permanente; y es el artista o escritor idealista quien es capaz de revelarla.

El idealista, por lo tanto, no deja de lado la realidad: es consciente de las limitaciones del arte, pero de todos modos lucha por alcanzar la perfección. O sea, actúa en conformidad con las definiciones del diccionario, y vive y obra según los estándares más elevados: justo como les aconseja Próspero a sus alumnos.

La América ideal

En mayo de 1900 el rector de la universidad solicitó información sobre cambios en los programas de estudio. Al dar su opinión, Rodó define los tres propósitos de su curso –lo que hoy llamaríamos "objetivos del aprendizaje"–: la apreciación del buen arte ("formación de cierto gusto literario"); comprensión de ciertas obras capitales ("conocimiento general de los grandes modelos"); y el desarrollo de la capacidad de expresión escrita ("una mediana aptitud de composición de todo punto necesaria en las relaciones de la vida civilizada y culta"). Se trata de metas sin duda valederas, y todavía hoy apreciables, para un programa preuniversitario de literatura.

Esas ideas del joven catedrático Rodó son afines a la definición de la literatura como escritura hermosa que había manejado en sus clases; también coinciden con la meta del libro que publicó pocas semanas antes. Allí Próspero, portavoz del autor, se dirige a una clase de jóvenes, parecidos a sus alumnos en la universidad, en quienes ha intentado instilar los tres objetivos mencionados. En realidad, no son una clase cualquiera, y el propósito de la lección, que es la última del año académico, no es adquirir una "mediana aptitud". Se trata de estudiantes *ideales* y Rodó va a hablarles de la América ideal que deben tener en mente cuando, al terminar la clase, salgan al mundo que con gran anhelo los aguarda.



Rodó, profesor: Extracto de *José Enrique Rodó: una biografía intelectual*. Editorial Planeta, 2021.

Rodó, en la caricatura

1

3

El diccionario de la RAE define la caricatura como “Dibujo satírico en que se deforman las facciones y el aspecto de alguien”. Y en su segunda acepción: “Obra de arte que ridiculiza o toma en broma el modelo que tiene por objeto”. Caben en esta categorización general muchas variantes. Es verdad que en la caricatura se deforman rasgos y se toma en broma. Pero dentro de esa latitud hay ciertas cotas de respeto.

En el caso de José Enrique Rodó en sus contemporáneos y en las generaciones sucesivas el respeto es la tónica general. Así lo demuestra el texto que acompaña la caricatura en *Caras y caretas* (Buenos Aires) Nº 1524 del 17 de diciembre de 1927:

“Espíritu dilecto, trabajador infatigable, guía generoso de la juventud americana, poderosa cabeza creadora que no conoció vallas ni obstáculos en su labor civilizadora e intelectual. Su obra ejemplar interrumpida prematuramente por la muerte llena el escenario de toda América”.

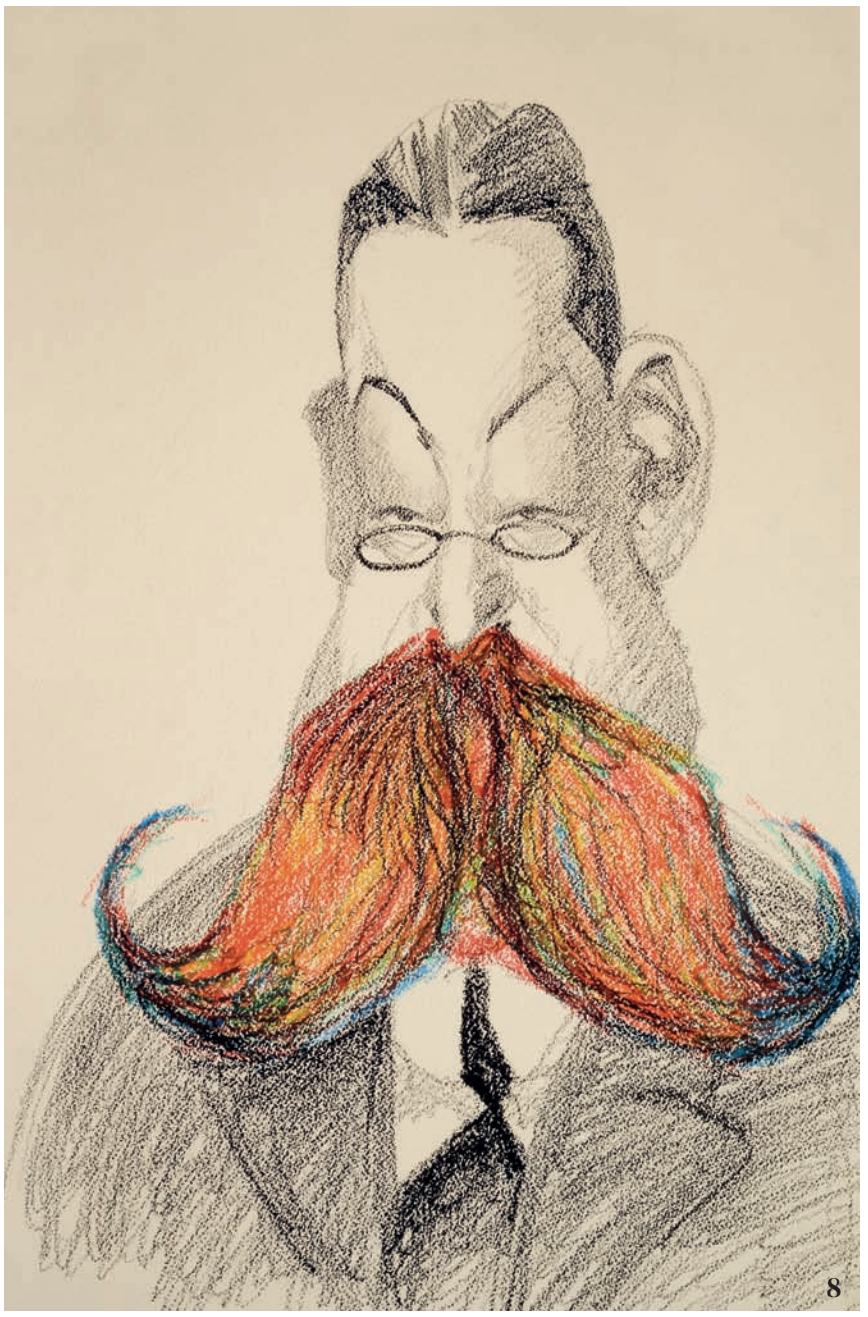
Sin pretender agotar el tema ofrecemos una muestra, que no podía estar excluida de este homenaje.

4

5

6

7


8

9

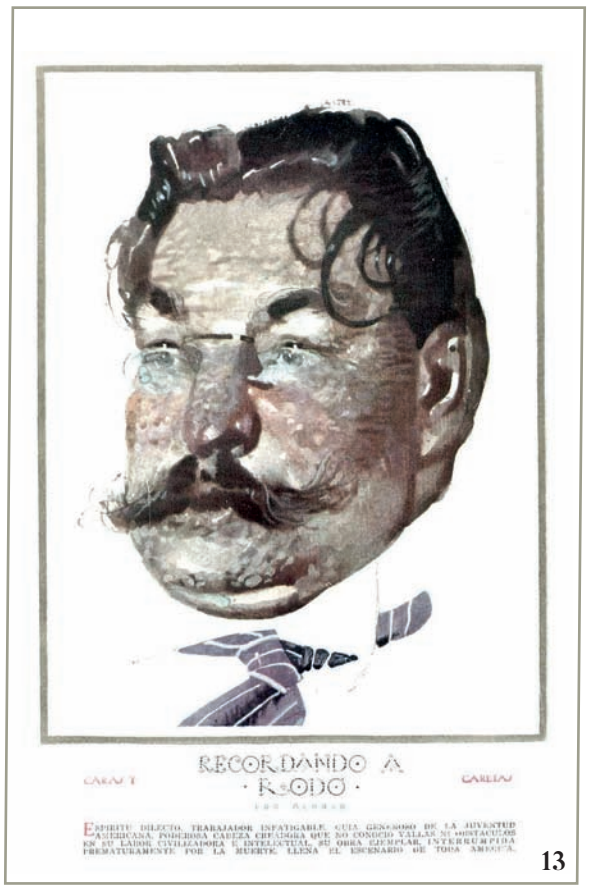
10

Caricaturas:

1. José Enrique Rodó. Autor: Arotxa. **2.** Autor: Arffuig. **3.** Autor: Fermín Hontou (Ombú), octubre 1998. *Biografías biodegradables*, Editorial Latina. **4.** Autor: Radaelli. **5.** Caricatura publicada en *El Plata*, Montevideo, 27 de febrero de 1920. Autor: Radaelli. **6.** Autor: Hermenegildo Sabat, con motivo del nombramiento de Rodó como presidente del Círculo de la Prensa. **7.** Autor: M. Barthold caricatura del natural, 1913. **8.** Autor: Hogue. **9.** Autor: Pepe. **10.** Autor: P. Zorrilla, 3 de setiembre de 1915. **11.** "Motivos de... elogio dando/ sus obras, que ya son dos,/ a Rodó van aclamando;/ y su fama va *rodando*/ por esos mundos de Dios". *La Semana* N°1, 10 de julio de 1909. Fuente: Anáforas. **12.** "Sus artículos le dan/ fama de intenso y profundo/ y le tiene todo el mundo/ como un pichón de Renán". Autor: Cao, para *Caras y caretas*. **13.** Caricatura en *Caras y caretas,* 17 de diciembre de 1927.

11

12



13

Jorge Leone
Especial para *La Mañana*

Analista de Sistemas egresado de la UDELAR. Ejerció la docencia en Matemáticas e Informática. Autor de ensayos, cuentos, fábulas y poesías. Directivo de la Sociedad Rodoniana, integró los Consejos Directivo y de Administración de la Fundación Logosófica. Prologuista en la reedición de *El mirador de Próspero* a presentarse próximamente.

El mirador de Próspero de José E. Rodó

El quince de julio de 2021 se cumple el sesquicentenario del nacimiento de José Enrique Rodó y está prevista la reedición de la última obra que publicó en vida, como una de las numerosas formas de homenajearlo que eligió la Sociedad Rodoniana para dicha conmemoración, libro que se publica en el contexto de un proyecto editorial impulsado entre MRREE, UTU, Dirección Nacional de Cultura del MEC y Biblioteca Nacional.

Todas sus creaciones contienen una base conceptual que mantiene una total vigencia luego de más de cien años y la seguirá teniendo, por ser atemporal, porque se trata de valores indiscutibles para llevar adelante con éxito la armónica convivencia que es la esencia del modelo democrático, que tiene como cimiento el mejoramiento individual.

J. E. Rodó: "Consideramos los americanos que nuestra emancipación no está terminada con la independencia política, y la obra en que hoy esforzadamente trabajamos es la de complementarla con nuestra emancipación espiritual". Foto gentileza Librería Diomedes

Humanista

Analizada esa base conceptual que caracteriza su obra, llegamos a la conclusión de que Rodó es un verdadero humanista, porque nada relacionado con el ser humano le es ajeno, en ninguno de los aspectos de la vida y uno de los casos más claros de su humanismo está en el ensayo *Del trabajo obrero en el Uruguay*, que es ejemplo, además, de su ecuanimidad y solidaridad. Siempre brinda especial atención a aquellas ideas que considera importantes para la evolución humana en general y para el mejoramiento de la enseñanza de la juventud.

Luego de estas breves consideraciones generales, pasaremos a referirnos a esta en particular: *El mirador de Próspero,* obra polifacética que invitamos a leer despojados de todo prejuicio o preconcepto, dándole así la oportunidad a nuestra mente y a nuestra sensibilidad, de poder captar el espíritu de lo que se transmite en ella.

Se trata sin duda de una excelente, extensa y variada antología de cuarenta y cinco de sus escritos literarios comprendidos entre los años 1895 y 1912 y resulta muy grato durante la lectura, ir alternando diferentes y variados temas. Vale la pena aclarar que, elegido un título, muchas veces nos sorprende el contenido del ensayo, teniendo en cuenta el original enfoque que le brinda el autor.

Por ejemplo, en *La gesta de la forma* describe con gran precisión esas luchas internas del escritor, cuando es consciente de la importancia de su creación artística, de sus alternativas y de las sensaciones de fracaso y de triunfo, demostrando Rodó, por experiencia propia, un excelente conocimiento de los pensamientos y sentimientos que participan en esas luchas en su mundo interior y en el de sus colegas.

Cuando se refiere a personas o a obras literarias, va alternando la descripción objetiva con la delicada crítica, ya sea porque no coincide con su pensamiento, ya sea porque lo aprueba, pero sin estridencias.

En toda su obra en general, y en *El mirador de Próspero* en particular, ha demostrado su permanente búsqueda del equilibrio en los diferentes aspectos de la vida y encontramos en su ensayo *Rumbos nuevos*, al analizar *IdolaFori,* de Carlos Arturo Torres, el ejemplo perfecto de esa búsqueda del punto de equilibrio, dejando en evidencia las falsas oposiciones que se repiten a lo largo del tiempo.

En varios de estos ensayos, quizás sin sospecharlo, Rodó está describiendo situaciones vividas por algunos escritores, que se van a reproducir en forma muy similar en su propia vida. Por ejemplo, cuando en *Impresiones de un drama* expresa que nadie niega que "…el abuso en el esfuerzo del escritor implique una laceración orgánica; de donde vienen pérdidas de salud…" o cuando se refiere a escritores que mueren lejos de su patria o que tienen su verdadero reconocimiento luego de su desaparición física.

> ***Me gusta llamar a Rodó "el poeta de la prosa", porque va intercalando en ella expresiones y metáforas de relevante contenido y exquisita forma***

Emancipación espiritual

El concepto de libertad, en todas sus formas y manifestaciones, atraviesa toda esta obra, cuando se refiere a héroes militares, a escritores o a personas que fueron capaces de dar su vida antes que perder la libertad. Puede ser la libertad física o la de expresión, pero fundamentalmente la libertad interior, la del pensamiento y el sentimiento, la que reposa en la conciencia transformada en una profunda convicción.

Con respecto a la libertad, es en el terreno literario donde más insiste, teniendo en cuenta la dependencia que había en su época de todo lo europeo en general y de lo francés en particular y su prédica por ir logrando una verdadera literatura americana.

Su ideal de la federación americana desde el Golfo de México hasta el Estrecho de Magallanes, aparece con insistencia al referirse a militares y escritores que le precedieron o que eran sus contemporáneos y con relación a la democracia, otro de sus temas favoritos encarado con tanto detalle en el *Ariel,* no deja pasar oportunidad para referirse a ella en sus diferentes aspectos.

Al abordar un tema que aparenta no tener nada que ver con el resto de la obra, como es el caso de *El Ratpick*, nos brinda elementos de moral incuestionables y describe aspectos de la psicología humana, que son tan reales como perversos.

En el caso de las biografías, una de las virtudes que más destaca de cada uno de los personajes, es su vocación de servicio y su inquebrantable voluntad en la acción.

Me gusta llamar a Rodó "el poeta de la prosa", porque va intercalando en ella expresiones y metáforas de relevante contenido y exquisita forma. Por ejemplo, en *Impresiones de un drama*, expresa que el Mecenas pagaba "…al hombre herido de la divina invalidez de ser poeta".

En *El mirador de Próspero*, vuelve una y otra vez al período en que políticos y escritores debieron abandonar Argentina en la época de Rosas y refugiarse en Montevideo, lo que le brindó un invalorable aporte a las letras de nuestro país y luego a las de Chile.

El lector podrá apreciar que José Enrique Rodó considera a España su madre biológica y se enorgullece de su origen ibérico, pero se esfuerza por considerarse un hijo espiritual de Francia.

En esta publicación se recogen: biografías, críticas de libros y de autores, un proyecto de ley, un prólogo, artículos periodísticos, cartas, discursos propios, artículos sobre los más variados temas, literarios o no, y podemos afirmar que nos encontramos con que cada una de éstas, resulta ser una cuidada pieza literaria, independientemente de su tema o su extensión.

En cuanto a los cinco discursos de Rodó comprendidos en esta obra, es muy interesante observar el carácter tan diferente de cada uno de ellos: conmemoración de hechos históricos, fallecimientos, inauguraciones y homenaje a una visita ilustre.

Queremos finalizar este artículo con un párrafo de *Anatole France,* discurso que realizó con motivo de la visita de este prestigioso escritor francés, en el que se resume la esencia del pensar y sentir del autor de esta antología: "Consideramos los americanos que nuestra emancipación no está terminada con la independencia política, y la obra en que hoy esforzadamente trabajamos es la de complementarla con nuestra emancipación espiritual".

Podemos concluir que *El mirador de Próspero* es un compendio de una parte de la extensa obra de Rodó, en la que describe hechos y personajes, informa, enseña, realiza serias críticas profesionales, deleita con sus expresiones y deja en evidencia la vigencia y necesidad actual de su humanista base conceptual de elevada jerarquía.

Doctora en Historia de América. Dirige los grados de Historia e Historia del Arte en la Universidad CEU San Pablo (Madrid). Es Directora de la Cátedra Internacional CEU Elcano. Primera Vuelta al Mundo.

María Saavedra Inaraja

Para *La Mañana* desde Madrid

J. E. Rodó: "Pero tú, Don Quijote... aún andas por el mundo, aunque invisible y ubicuo, y aún deshaces agravios, y enderezas entuertos, y tienes guerra con encantadores, y favoreces a los débiles, los necesitados y los humildes, ¡oh sublime Don Quijote, Cristo ejecutivo, Cristo-león, Cristo a la jineta!"

Don Quijote en la obra de José E. Rodó

Rodó fue un hombre en búsqueda y defensa del Ideal. Y lo escribo en mayúsculas porque no buscaba ni "un ideal" ni "ideales". Pasó su vida descubriendo dónde estaba el Ideal de pensamiento, de actitud, de escritura.

Ese idealismo de Rodó le lleva con frecuencia a buscar referentes en el pasado, a veces próximo, a veces remoto. Ese gusto por el mundo clásico, por la vieja Grecia y el cristianismo primitivo, o la búsqueda de figuras literarias en los grandes autores de la edad Moderna, como Shakespeare, no son sino manifestaciones de tal búsqueda de un ideal pretérito. Pero cabría señalar a una figura y un autor que en Rodó cobran nueva vida: el escritor Miguel de Cervantes, y su gran creación, Don Quijote de la Mancha.

Aunque son muchas las páginas en que Rodó habla de Cervantes, al que considera el gran exponente del castellano, de hecho, en sus obras quien tiene mayor presencia es Don Quijote. Pareciera que en la mente del uruguayo, autor y personaje se unen en un ideal: la raza, la lengua, la utopía.

Rodó se une a la conmemoración del centenario de la muerte del escritor castellano, en abril de 1916. Le dedica uno de los artículos que se publicaron en el libro póstumo *El camino de Paros*. El título, en este caso, tiene poco de lírico y es plenamente descriptivo: "La filosofía del Quijote y el descubrimiento de América". Comienza su artículo indicando que, si España está obligada a rendir homenaje a "su más alto representante espiritual", América no lo está menos. "No hay otra estatua que la de Cervantes para simbolizar en América la España del pasado común, la España del sol sin poniente".

Defendiendo el pasado común

Continúa su defensa de Cervantes identificándolo en realidad con su gran personaje, don Quijote: "La filosofía del Quijote es, pues, la filosofía de la conquista de América. (...) América nació para que muriese Don Quijote; o mejor, para hacerle renacer entero de razón y de fuerzas, incorporando a su valor magnánimo y a su imaginación heroica, el objetivo real, la acción conjunta y solidaria, y el dominio de los medios proporcionados a sus fines".

En el conquistador español ve Rodó la mezcla del ideal quijotesco en la pasión por la gloria, con elementos mucho más materiales, como eran la pasión por el oro y el poder.

"Así, el sentido crítico del Quijote tiene por complemento afirmativo la grande empresa de España, que es la conquista de América. (...) Y así el nombre de Miguel de Cervantes, no solo por la suprema representación de la lengua, sino también por el carácter de su obra y el significado ideal que hay en ella, puede servir de vínculo imperecedero que recuerde a América y España la unidad de su historia y la fraternidad de sus destinos".

> *"Quien pervive en la América independiente es el Quijote, en su lengua y en su espíritu"*

Queda claro en estas palabras finales del artículo, que Cervantes en realidad es identificado con su obra cumbre. Quien pervive en la América independiente es el Quijote, en su lengua y en su espíritu. El Ideal, para Rodó, tiene personificación en el personaje literario cervantino. A lo largo de sus obras, la presencia de Caballero de la Mancha es una constante. En *Motivos de Proteo*, dedica el capítulo XI a un episodio vivido por el Quijote, narrado en el capítulo XVI de la segunda parte de la obra cervantina. Es castigado el caballero a renunciar por un tiempo a sus andanzas, y entonces, convence a Sancho de la posibilidad de gozar de un retiro bucólico, en mera contemplación, dejándose deleitar sentidos externos y emotividad por los placeres de la naturaleza. Y la enseñanza –o interpretación- de Rodó es excepcional:

"¿Entiendes la trascendente belleza de este acuerdo? La condena de abandonar por cierto tiempo su ideal de vida no mueve a Don Quijote ni a la rebelión contra la obediencia que le impone el honor, ni a la tristeza quejumbrosa y baldía, ni a conformarse en quietud trivial y prosaica. Busca la manera de dar a su existencia nueva sazón ideal".

Dos centenarios relacionados con el Quijote y su autor fueron ocasión para que se publicaran numerosas páginas. En primer lugar, el tercer centenario de la primera edición de Don Quijote. El segundo, la conmemoración de los trescientos años de la muerte del maestro castellano, ya mencionado. Ambos acontecimientos darán ocasión al uruguayo para profundizar su visión del autor y el personaje. Le dedica, además de varios comentarios en diferentes obras, un capítulo de *El Mirador de Próspero*, que titula "El cristo a la jineta", en el marco precisamente del aniversario de la primera edición del libro. El "cristo" del título es el propio Don Quijote. Inicia así sus líneas:

"Después del Cristo de paz, hubo menester la humana historia del Cristo guerrero, y entonces naciste tú, Don Quijote. Cristo militante, Cristo con armas, implica contradicción, de donde nace, en parte, lo cómico de tu figura y también lo que de sublime hay en ella".

Interesante la comparación que desarrolla Rodó en este breve artículo. Busca las similitudes imaginadas entre Cristo y Don Quijote, para terminar diciendo: "pero tú, Don Quijote, tú, si moriste, resucitaste al tercer día: no para subir al cielo, sino para proseguir y consumar tus aventuras gloriosas; y aún andas por el mundo, aunque invisible y ubicuo, y aún deshaces agravios, y enderezas entuertos, y tienes guerra con encantadores, y favoreces a los débiles, los necesitados y los humildes, ¡oh sublime Don Quijote, Cristo ejecutivo, Cristo-león, Cristo a la jineta!"

Adiós a la política

Llama la atención esta visión del Quijote en la que se engarzan sin problemas el ideal y la acción. Don Quijote es el ideal, pero también es la acción, es el "cristo a la jineta", el "cristo ejecutivo". Y no está muerto. Parece que Rodó quiere verlo vivificado en aquellos que tratan de actuar en la consecución de un ideal. El propio Rodó, poco proclive a la controversia política, escogió la vida pública para poner su grano de arena en la mejora de su nación. Lo suyo era la pluma, pero si tiene que bajar a la arena política lo hace, y entonces el lírico se transforma en hombre de acción que con el arma de la palabra trata de remediar los males de la patria. De hecho, describió su primer abandono de la esfera política en carta a un amigo mencionando precisamente al caballero manchego: "(...) La experiencia de mi temporada de politiquero me ha suministrado, me ha bastado para tomar desde ahora (o más bien desde antes de ahora) la resolución firmísima de poner debajo de mi última página parlamentaria un letrero que diga: «Aquí acabó la primera salida de don Quijote» y decir adiós a la política".

¿Qué quiso ver Rodó en el Quijote? ¿Qué imágenes evocaba su personal Hidalgo de la Mancha? El Quijote de Rodó insufla aires nuevos, frescos, para sus lectores españoles y americanos. Existe un Quijote español, pero Rodó re-crea el Quijote hispanoamericano. Su conocimiento del pensamiento español es profundo, y le lleva a ver en el Caballero castellano un futuro que augura esperanzador.

Las casas de Rodó

Hotel des Palmes en Palermo, Sicilia, Italia.

Fuente: Archivo General de la Nación. Foto: Serrana Pin

Casa quinta familia Rodó. Santa Lucía, Canelones.

Calle Treinta y Tres

Ubicada en la calle Treinta y Tres, Nº 1287/1289 de Montevideo, la casa donde nació Rodó, expropiada por ley en 1961 fue declarada Monumento Histórico en 1976. Treinta y nueve años después las autoridades decidieron desafectarla. El caserón que en 1983 albergaba, a juzgar por las placas, la Escuela Nacional de Periodismo y la Biblioteca Raúl Montero Bustamante había pasado de monumento a "ruina riesgosa e irrecuperable".

En 2015 por Resolución del Ministerio de Educación y Cultura se dispuso "destinar el predio para la construcción de vivienda de interés social [y] construir una señal de material noble, claramente reconocible en el sitio, expresando que allí fue el solar en donde nació el escritor".

Recién la Licitación Pública Nº 143/2019, "para proyecto ejecutivo y construcción de 9 viviendas como mínimo y Salón de Usos Múltiples, para población meta del Ministerio de Vivienda Ordenamiento Territorial y Medio Ambiente", actualmente en proceso de adjudicación, da cumplimiento a la disposición de 2015.

Calle Cerrito

La última morada uruguaya de Rodó se encontraba en la calle Cerrito Nº 102. La manzana fue demolida para la construcción del Banco de la República (BROU). En la fachada de la casa matriz del BROU luce una placa fechada en 1940, que recuerda que en el sitio se encontraba la casa donde Rodó vivió y escribió entre 1900 y 1916.

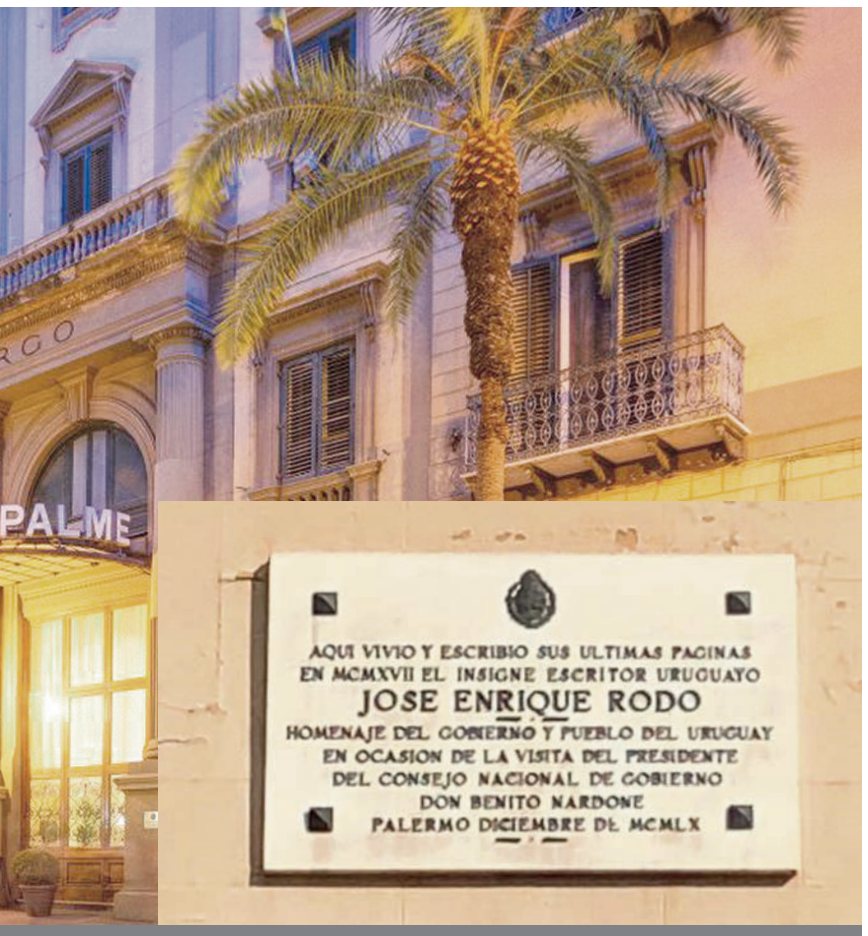
La quinta

En Santa Lucía, departamento de Canelones, se conserva la quinta hecha construir por su padre José Rodó y Janer en 1873. Hacia el último cuarto del siglo XIX la entonces Villa de San Juan Bautista se había convertido en un exclusivo lugar de veraneo. Es así que florecieron las residencias de temporada y una creciente afluencia turística a partir de la llegada del tren. Allí veraneó Rodó hasta sus nueve años. A ella alude en sus *Últimos Motivos de Proteo* cuando evoca "la imagen de la ventana de donde... miraba [la estrella Régulo], el trepar de una enredadera claudicante y la forma de dos manchas de musgo".

La casona fue hipotecada y años después pasó a propiedad de don Zoilo Martin. En 1972, el rumor de posible remate judicial del predio da lugar a una movilización de las fuerzas vivas de la ciudad con el objetivo de conservar esta histórica residencia en donde viviera el insigne escritor. En mayo de 1973 se la declara Patrimonio Histórico Nacional. Años más tarde, ya en la órbita de la comuna canaria, es el Centro Cultural José Enrique Rodó.

En el jardín se encuentran las estatuas de terracota que una vez estuvieron al frente de lo que fuera el Palacio Lacueva, una residencia hecha construir por Felipe Lacueva en 1866, y un monolito erigido en 1972 por los vecinos en homenaje al escritor.

Para la comunidad local es un importante instrumento



Benito Nardone presidía el Colegiado, cuando la colocación de esta placa en el Hotel de Palmes. Foto gentileza Guillermo Silva Grucci.

Fachada de la casa donde nació José Enrique Rodó, en la calle Treinta y Tres, Montevideo

se realizan diversas exposiciones.

Además, es sede de la Biblioteca Municipal Clemente Estable, justo homenaje a un santalucense notable.

Última Thule

Algunos fallecen en su propia casa rodeados de afectos, otros mueren en combate, otros... Podrá agregarse múltiples posibilidades, lo que no cambia es el hecho de que todos vamos a morir.

A Rodó le tocó abandonar el mundo conocido en un hospital siciliano. La habitación 215 del Grand Hotel des Palmes fue su domicilio postrero. Sobre la realidad irrefutable se elaboraron distintos relatos. Emir Rodríguez Monegal recoge en su prólogo a las *Obras Completas* publicadas por Aguilar una versión que toma de un antiguo cronista de *El Día* que Wilfredo Penco califica de sensacionalista y de falta de rigor e imparcialidad.

Penco se basa en el informe de los propietarios del hotel, M.V. Marcucci y Manfredo Paggiarin, producido cinco días después del deceso del Maestro.

Los que suscriben propietarios del Hotel des Palmes en Palermo a pedido del Sr. Cónsul del Uruguay en Roma, en misión en Palermo, don Enrique Rovira, declaramos que:

El día 2 de abril a las 15.45 llegó a nuestro hotel el Sr. José Enrique Rodó, a quien le fue asignado el cuarto Nº 215, en el 2º piso. Al llegar quiso arreglar un precio de pensión al cual el mismo día porque debía seguir un tratamiento especial y riguroso. En realidad de su aspecto cualquiera comprendía deberse tratar de una persona enferma, flaca, caminaba lentamente apoyándose en un bastón. Era bastante descuidado en su persona. El Sr. Rodó vivía muy poco en el hotel, pasaba la mayor parte del tiempo afuera y se mostraba muy reservado. Pasaron así diversos días.

Pagó regularmente las primeras dos cuentas semanales, y proseguía sin pagar la tercera. En la cuarta semana de permanencia en nuestro hotel modificó sus costumbres, se detenía en el propio cuarto, tomaba café y varias veces en el curso del día bajaba en el hall donde se hacía servir algún caldo y huevos. El día 29 de abril no salió de su cuarto, tomó un solo café y parecía muy enfermo. Se le preguntó si tenía necesidad de la asistencia de un médico, ofrecimiento que fue rechazado y nada más pidió durante el día.

Solamente a la hora 22, más o menos, la sirvienta oyó que el Sr. Rodó se lamentaba acusando fuertes dolores. La sirvienta misma nos advirtió enseguida y nosotros fuimos al cuarto donde encontramos al Sr. Rodó en un estado más bien grave, tanto que él mismo manifestó el deseo de que se llamase enseguida a un médico. Llamamos telefónicamente a nuestro profesor, pero no encontrándose en casa, una persona del hotel fue a buscar a otro sanitario.

Mientras tanto se trasladaron al cuarto del Sr. Rodó, llamados por los lamentos, diversos clientes nuestros, quienes nos ayudaron a envolverlo en paños calientes y a poner en la cama botellas de agua hirviente y esto porque el Sr. Rodó en un estado de fuerte frío. A las 23 horas llegó el médico, doctor Sapuppo, quien juzgó grave el estado del Sr. Rodó, siguió en la aplicación de paños calientes, practicó inyecciones excitantes, aplicó dos ventosas, y nos aconsejó de transportarlo enseguida al hospital donde el enfermo recibiría mejores asistencias, tanto más en cuanto el señor Rodó continuaba a emitir lamentos sin hablar, excepción hecha de algunas palabras truncas como “dolore”, “grazie”. Enseguida fuimos a buscar un medio de transporte y lo encontramos en la Cruz Roja.

En una litera, donde nosotros mismos lo colocamos con todos los cuidados del caso, fue transportado al Hospital de San Saverio, donde fue aceptado enseguida y recibido en una sala. El médico de servicio que hizo en el primer momento una visita sumaria, juzgó tratarse de fiebre tifoidea o de meningitis cerebro-espinal, encontrando síntomas de dichas enfermedades.

Después de salido el Sr. Rodó, cerramos el cuarto abriéndolo solo a nuestro regreso del hospital para depositar el colchón y la ropa blanca usada en el transporte. En la suposición de que el Sr. Rodó fuera de nacionalidad argentina, nos trasladamos al Consulado de este país, en la mañana del 30 de abril, siendo recibidos por el vice-cónsul para que nos acompañara al hospital a fin de tratar de hablar con el Sr. Rodó y para informarnos de su estado de salud. En el hospital encontramos al mismo médico que había visitado al enfermo la noche anterior,

Placa que recuerda la casa donde vivió Rodó desde el 1900 al 1916, en la calle Cerrito 102. Hoy sede Central del BROU. Gentileza BROU

quien nos informó del estado gravísimo del Sr. Rodó, entrando ya en el período comatoso.

La dirección del hospital de San Saverio para asegurarse si se trataba de un caso de meningitis cerebro-espinal hizo practicar al enfermo una inyección lubal, la que dio resultado negativo. Quedaba pues, la diagnosis de fiebre tifoidea y más preciso de Tifus Abdominal. Según el médico del hospital ninguna asistencia favorable podía prestarse al enfermo. Entretanto el vice cónsul llamaba a Palermo al titular.

A las 6 del día 1º de mayo vinieron agentes de la Oficina de Higiene para la desinfección de la ropa del Sr. Rodó y del cuarto; desinfección a la cual asistió nuestro socio, el Sr. Manfredo Paggiarin. Buscando en los trajes que habitualmente usaba y antes de mandarlos a la estufa para la desinfección, en un bolsillo interior del chaleco se encontró en un sobre de papel la suma de 3.000 liras en billetes de bancos italianos, quince liras en una cartera negra con monograma y 27,70 liras en monedas de plata y cobre, por una suma total, pues, de 3.042, 70 liras.

En el mismo bolsillo interior del chaleco y en el mismo sobre se encontró también el pasaporte del Sr. Rodó por el cual conocimos ser nuestro cliente de nacionalidad uruguaya y no argentina, como creíamos. Conocida la ciudadanía del Sr. Rodó, nos apresuramos a ponerla en conocimiento del Consulado, o mejor dicho, del titular del Consulado argentino. El cónsul no quiso tomar a su cargo las gestiones que eran del caso no siendo de su competencia, y nos aconsejó dirigirnos al Consulado de Uruguay en Palermo, representado por el Sr. Comendador Ahrens.

Telefoneamos a dicho señor, sin obtener mejor resultado, declarándose el señor Ahrens que no tenía más a su cargo los intereses del Uruguay y que en Palermo no existía consulado. Entretanto fallecía el Sr. José Enrique Rodó, a las 10.30 del día 1º de mayo de 1917.

Sebastián Pineda Buitrago
Para *La Mañana* desde México

Profesor-investigador de la Universidad Iberoamericana Puebla, doctor en Literatura Hispánica por El Colegio de México. Recientemente ha sido galardonado en España con el Premio Juan Andrés de Ensayo e Investigación por su obra *La crítica literaria hispanoamericana*.

Rodó y la estética del esfuerzo

"Rodó acusó de ociosa, perversa y utilitarista a aquella aristocracia aburguesada, el 14 de abril de 1909, en el discurso para la inauguración del Círculo de Prensa de Montevideo". Foto: Rodó presidiendo el acto en el Círculo de la Prensa. Gentileza Héctor Testoni.

Ciertos profesores y críticos tildan de "arielista" a quien practica una visión *europeizante* o *estetizante* de la cultura hispanoamericana. El adjetivo *arielista* lo toman de *Ariel* (Montevideo, 1900), un ensayo que inyectó de sangre nueva a Hispanoamérica desde un pequeño y repleto corazón. Pero aquellos profesores reprochan que en *Ariel* no se encuentre, por ejemplo, un discurso indigenista o de las negritudes. Asumen de mala gana que Rodó privilegió lo europeo o estético para contrarrestar la influencia *angloamericana,* la de Estados Unidos, entendida ésta como de masas y que, por ello, Rodó ignoró la reivindicación indigenista o de las negritudes. Para exculpar de tal falta a Rodó, por otra parte, tampoco serviría mucho el insistir –como quisieran los más apologistas– en que el ensayista uruguayo encontraba el indigenismo y las negritudes fusionadas en la *latinidad católica* inherente a Latinoamérica. Como sea, Rodó fue un liberal decimonónico y hasta cierto punto laico, para quien aquello de *aislar* en grupos étnicos (afros, latinos u orientales) a la población de Nuestra América significaba cohonestar con el *apartheid*. Dicho lo anterior, con más razón hace falta ponernos de acuerdo en qué entendió Rodó por estética y cuál fue su mensaje al respecto.

Para empezar, el amplio espectro de la estética no debería verse como un campo autónomo independiente de la vida social o política, sino justamente como lo que genera y presupone cualquier cambio sociopolítico. El concepto de "educación estética" remite a la célebre obra epistolar del alemán Friedrich Schiller, precisamente titulada *Cartas sobre la educación estética del hombre* (1795). Conviene adelantar que el ensayista uruguayo deseó inicialmente titular su célebre ensayo, en lugar de *Ariel*, "Cartas a…". Esta variación del título llevó al crítico chileno Grinor Rojo (2008) a plantear un estudio comparatista entre Kant, Schiller y Rodó en torno al tema de la estética. Si, a juicio de Grinor, las guerras napoleónicas incitaron al poeta alemán a formular una pedagogía estética en contra de la dialéctica de la agresión abanderada por los imperios armamentísticos de la Ilustración, de la misma forma tanto la guerra de Cuba como el hundimiento del imperio español a manos del estadounidense en 1898 incitaron a Rodó a una pedagogía similar. Aunque todavía no había el despliegue iconográfico de Hollywood, motor del consumismo y del heroísmo racial y anti-intelectual, el *Ariel* de Rodó hasta cierto punto es un freno o llamada de atención.

Ariel, publicado en Montevideo en 1900, constituye la más importante obra fundacional hispanoamericana sobre la educación estética. Bien afirma Belén Castro que se trata de una particular *paideia* o lo que en alemán se llamaría *Bildung*, es decir, formación cultural e intelectual. La tesis de Schiller sobre la pedagogía estética aparece de manera explícita en *Ariel* a partir del tercer apartado. En él, para introducir a Schiller, Rodó se remonta al Evangelio de Juan (XII, 5-6) en pos de denunciar cómo Judas Iscariote, bajo la falacia de ayudar a los pobres, se lamenta del dinero gastado por María en el bello acto de perfumar los pies de Jesús. Con ello Rodó previene a la juventud latinoamericana contra la "regresión vulgarizadora" de cierto dogma populista, según el cual el arte no vale nada para la masa y si acaso éste le merece respeto es porque lo confunde con algún culto esotérico.

> ***Ariel inyectó de sangre nueva a Hispanoamérica desde un pequeño y repleto corazón***

"Y, sin embargo, entre todos los elementos de educación humana que pueden contribuir a formar un amplio y noble concepto de la vida, ninguno justificaría más que el arte un interés universal, porque ninguno encierra –según la tesis desenvuelta en elocuentes páginas de Schiller– la virtualidad de una cultura más *extensa* y completa, en el sentido de prestarse a un acordado estímulo de todas las facultades del alma".

La educación estética del hombre

Los acontecimientos históricos de la época del Terror o jacobina de la Revolución francesa, de inmediato llevaron a Schiller, en *Cartas sobre la educación estética del hombre*, a exigir una revolución sin violencia, puesto que la agresión nos aleja cada vez más del ideal. En la última y vigesimoséptima carta, incluso, Schiller propuso la idea de un Estado Estético, y afirmó: "Sólo la belleza la disfrutamos a la vez como individuos y como especie […] únicamente la belleza es capaz de hacer feliz a todo el mundo". El hombre no puede ignorar que los problemas políticos también se resuelven por la vía estética, porque es a través de la belleza como se llega a la libertad. En la novena carta, decididamente, Schiller se aparta de la *praxis* agresiva de la política revolucionaria, al afirmar que la teoría *no necesariamente* origina la práctica; de lo contrario, ello sería admitir que en un determinado momento una Constitución política, redactada por políticos degenerados que se hayan tomado el poder, a fuerza formará pueblos degenerados. No. En la incoherencia de una constitución política, es decir, en la interpretación y en el sentido común de los jueces y de los críticos, y no en la letra fría de un código, reside la única garantía auténtica de libertad. Hay que buscar instrumentos más allá del Estado. Sobre el arte y la ciencia, por ejemplo, el legislador político no puede gobernar, con lo cual la sociedad tendrá una gran responsabilidad en no dejar morir de hambre a sus artistas y científicos.

Los límites kantianos entre *razón pura* y *razón práctica*, según los cuales el conocimiento disminuye si se confunden las fronteras de las ciencias o disciplinas, chocan profundamente con el espíritu neoplatónico de Rodó y antes con el de Schiller y el de Goethe. Basado en ellos, en el "Lema" de *La vida Nueva*, Rodó pide que basemos nuestra filosofía literaria en "la noble virtud de comprenderlo todo". Y en el *Ariel* nos recuerda: "Nuestra capacidad de comprender sólo debe tener por límite la imposibilidad de comprender a los espíritus estrechos". La mediocridad a menudo no tiene explicación.

Ahora bien, si las fuentes de la estética rodoniana hay que buscarlas en la mejor tradición humanística de la post-Ilustración, es decir, en el idealismo alemán, ¿en qué versiones asimiló Rodó a Schiller y Goethe o supo de Hegel y Kant y aun hasta de Juan Pablo Richter si no leía directamente en alemán? No hay que olvidar que el español Giner de los Ríos había traducido y anotado, entre 1874 y 1875, *Compendio de estética* (1837), una obra póstuma del filósofo alemán Karl Christian Friedrich Krause, perteneciente a la escuela kantiana, aunque ya bajo el matiz de la estética de Hegel. De igual modo, a través de España, Rodó pudo haber conocido *Principios de estética o de la Teoría de los Bello* (1857), de Manuel Milá y Fontanals, catedrático de la Universidad de Barcelona y profesor de Marcelino Menéndez Pelayo, este último autor de *Historia de las ideas estéticas en España*, un voluminoso ensayo escrito entre 1883 y 1891 y que abarca, en general, al empirismo inglés, al idealismo alemán y al positivismo francés. De hecho, Rodó leyó

y hasta reseñó otra obra de Menéndez Pelayo, *Estudios de crítica literaria* (segunda serie, Madrid, 1985), en un artículo que salió publicado el 10 de septiembre de 1895 en la *Revista Bibliográfica*. Rodó se dio cuenta, gracias a Menéndez Pelayo, que el influjo del idealismo se había extendido por Francia e Inglaterra, y que varias originalidades de Carlyle o de Renan provenían de Hegel o Kant.

Rodó relacionó la *estética* con las *ideas*, es decir, el sentido de la moral con el sentido de lo bello. Aún más, según él, sin estética o belleza no hay religión o trascendencia posible. En el *Ariel* acude a dos postulados de Renan: 1) "la verdad de los dioses debe inferirse únicamente por la belleza de los templos que se le han levantado". 2) «No hay refinada belleza sin algo extraño en sus proporciones». De lo que deduce Rodó: "El Dios bueno es adorable, porque es hermoso; y será más verdadera aquella religión que nos lo haga imaginar más hermoso que las otras... y un poco raro, además. *Le rare est le bon*, dijo el maestro".

Dicho por la voz del *Ariel*: "En el alma del redentor, del misionero, del filántropo, debe exigirse también entendimiento de hermosura" (219). Ello quiere decir que, para Rodó, las Iglesias nunca debieron haber renunciado a la gestualidad del Barroco. Lo Barroco se opone desde luego a la estreches estética del protestantismo. De ahí que Rodó criticara a los enemigos del Barroco, es decir, a la "estética" que nació de la Reforma protestante:

"El puritanismo, que persiguió toda belleza y toda selección intelectual; que veló indignado la casta desnudez de las estatuas; que profesó la afectación de la fealdad en las maneras, en el traje, en los discursos; la secta triste que, imponiendo su espíritu desde el Parlamento inglés, mandó extinguir las fiestas que manifestasen alegría y segar los árboles que diesen flores".

Del trabajo obrero en el Uruguay

Por otro lado, frente al nacimiento de la internacional socialista, Renan concibe negativamente a la clase obrera –al pueblo asalariado o trabajador– y la llama la clase más interesada o utilitaria. Rodó, en cambio, acusó de ociosa, perversa y utilitarista a aquella aristocracia aburguesada, y el 14 de abril de 1909, en el discurso para la inauguración del Círculo de Prensa de Montevideo, en un discurso que tituló "La prensa de Montevideo" y que incluyó en *El mirador de Próspero*, aclaró:

"Cuando todos los títulos aristocráticos fundados en superioridades ficticias y caducas hayan volado en polvo vano, sólo quedará entre los hombres un título de superioridad, o de igualdad aristocrática, y ese título será el de obrero. Ésta es una aristocracia imprescriptible, porque el obrero es, por definición, «el hombre que trabaja», es decir, la única especie de hombre que merece vivir. Quien de algún modo no es obrero debe eliminarse, o ser eliminado, de la mesa del mundo; debe dejar la luz del sol y el aliento del aire y el jugo de la tierra, para que gocen de ellos los que trabajan y producen: ya los que desenvuelven los dones del vellón, de la espiga o de la veta; ya los que cuecen, con el fuego tenaz del pensamiento, el pan que nutre y fortifica las almas".

Si efectivamente revisamos los escritos parlamentarios de Rodó, encontramos una defensa hacia los derechos de los trabajadores y de la libertad individual, junto a una crítica radical contra el dogmatismo socialista. Ya para aquel entonces, la Internacional propugnaba por la revolución y la violencia, no en defensa del obrero, sino en virtud de sojuzgar al burgués y controlar el poder, es decir, los medios de producción y de comunicación. En su ensayo "Del trabajo obrero en el Uruguay", que Rodó escribió en 1906 y que más tarde publicó en *El mirador de Próspero*, sostuvo lo siguiente: "Los conflictos entre el capital, que defiende su superioridad, y el trabajo, que reclama su autonomía, no son el rasgo privativo de una sociedad o de una época: pertenecen al fondo de la historia humana". Como vemos, sin citar y tal vez sin haber leído nunca a Marx, Rodó formuló la tesis *marxista* de que la historia debería también entenderse como una lucha de clases.

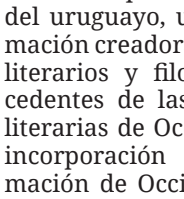
Lo que más consideró Rodó característico de su época (y que lo sigue siendo de la nuestra) fue el portentoso desenvolvimiento de la actividad industrial que no sólo modificó las condiciones del trabajador, sino que minimizó la labor mediadora del Estado por cuanto recrudeció, en palabras de Rodó, "la lucha entre una burguesía opulenta y un proletariado que se angustia en los extremos de la necesidad". En esa disputa, Rodó naturalmente se inclinó por el obrero que trabaja y que crea, pues ello, y no otra cosa, es lo que él consideró propiamente como *aristocracia espiritual*.

Lo anterior ratifica que la conciencia idealista de Rodó –la aristocracia del espíritu expresada en su *Ariel* y en sus parábolas de *Motivos de Proteo*– no es lo que determina su pensamiento, sino, para decirlo en clave *marxista*, es su ser social –su conciencia sociohistórica– lo que insufla de sentido y da actualidad a su tipo de idealismo. Dicho de otra manera, el capitalismo resulta a ojos de Rodó más despiadado que la esclavitud antigua, que al menos solía consentir a sus víctimas con el beneficio de una cultura superior. ¿Qué superioridad moral, cultural o espiritual hay, visto así, entre los opulentos burgueses dueños de tales medios de producción y comunicación? Ahora bien: el diagnóstico de Rodó puede ser igual al de los socialistas y marxistas (*avant la lettre*), pero se diferencia de ellos en su alternativita o solución. Rodó nunca recomendó la violencia ni la combinación de las formas de lucha por cuanto ello implicaría someter igualmente la educación estética al fin de la dictadura del proletariado.

La Mañana .uy

J. E. Rodó: “¿No la veréis vosotros, la América que nosotros soñamos?”. Imagen Archivo General de la Nación. Foto: Serrana Pin

Fascinación Rodó



Ottmar Ette
Para *La Mañana* desde Alemania

Catedrático de Literaturas Románicas y Comparadas en la Universidad de Potsdam, Alemania; miembro honorario de la Modern Language Association en 2014. Miembro de la Academia de Ciencias y de la Academia Europea desde 2013.

La multifacética obra literaria de José Enrique Rodó, a ciento cincuenta años del nacimiento del insigne escritor uruguayo, no deja de moverse y de movernos. Está en perpetuo movimiento — y por esto fascina. Su obra más conocida, su *Ariel*, no solamente marcó profundamente a diferentes generaciones de escritores latinoamericanos con su estilo modernista y su ética orientadora sino que nos deja perplejos ante la modernidad de una filosofía en continuo diálogo con la filosofía francesa de entonces y, sobre todo, con Friedrich Nietzsche y las siempre movibles coreografías de su *Zarathustra*: “Así habló Próspero”. Como en el autor del *Más allá del bien y del mal*, se trata de una filosofía basada en una filología abierta a todos los saberes, a todos los sabores, radicalmente abierta - como debe ser toda obra literaria - hacia un futuro que para nosotros, con los años, no se ha convertido en pasado sino en un horizonte reluciente y siempre inspirador.

La interpretación americana del texto universal, tan anhelada por Rodó es, ya desde los primeros escritos del uruguayo, una transformación creadora de modelos literarios y filosóficos procedentes de las tradiciones literarias de Occidente. Esta incorporación y transformación de Occidente no es, vista desde hoy, una inscripción marginal desde la periferia en un Occidente cuyo corazón latía en París sino la remodelación de un Occidente de que configura una parte esencial y céntrica. Rodó es occidental y americano, americano siempre.

Si bien es cierto que en el *Ariel* no se establecen relaciones dialógicas ni con las culturas indígenas ni con la cultura popular de los inmigrantes, ni con otras formas transculturales que habían nacido en las Américas, la americanicidad de este breve texto radica en una visión abierta hacia la convivencia, hacia los saberes de cómo vivir juntos en diferencia y en paz. La sabiduría de la constelación shakespeareana transfigurada por Rodó radica en la apertura hacia otros horizontes de esta convivencia soñada y tan necesaria a nivel planetario, entonces y ahora mismo: “¿No la veréis vosotros, la América que nosotros soñamos; hospitalaria para las cosas del espíritu, y no tan sólo para las muchedumbres que se amparen a ella?” La hospitalidad es una visión y en más de un sentido una noción que conversa no con Nietzsche sino con *De l‘hospitalité* de Jacques Derrida. Al mismo tiempo, la modernidad de Rodó es una modernidad que no sigue el ejemplo de los Estados Unidos, basado en la asimetría del poder.

Un alma en movimiento

La obra más audaz y, hasta cierto punto, más radical de José Enrique Rodó son sus *Motivos de Proteo*. Es un libro en el que todo está en movimiento y en el que todo lo que parece romántico fragmento se transforma en *fractal* del mundo entero. El *fractal*, inventado por el matemático Benoît Mandelbrot, se caracteriza por su capacidad de configurar en *modèle réduit*, como diría Claude Lévi-Strauss, una totalidad del mundo.

> *“La americanicidad de Ariel radica en una visión abierta hacia la convivencia, hacia los saberes de cómo vivir juntos en diferencia y en paz”*

La multiplicidad de citas explícitas y de alusiones implícitas de este libro, nos dice el propio Rodó, no debe entenderse en un sentido retórico sino en un sentido “gimnástico o coreográfico” con el que se establecen los movimientos hermosamente diseñados del libro.

Salvadas todas las diferencias que separan las concepciones y las prácticas rodonianas de los *Fragments d‘un discours amoureux* de un Roland Barthes, sería perfectamente posible considerar y leer *Motivos de Proteo* como los *Fragmentos de un discurso del alma en movimiento*. ¿No escribió Rodó en sus *Motivos* aquella frase, que sería tan provocadora medio siglo después bajo la pluma de Barthes, de que “el crítico es genéricamente un escritor”? Sí, este filólogo-filósofo que es José Enrique Rodó es un verdadero escritor que entremezcla los saberes de la filosofía y la crítica filológica con los saberes y sabores de las literaturas del mundo en un lúdico diálogo entre una filología polilógica y las polisemias de las hospitalarias letras americanas.

Cada hoja suelta, escrita por Rodó, configura una isla, aislada de otras islas, con su propio ambiente, su propio lenguaje, su narrativa y sus características muy suyas, pero al mismo tiempo no sólo una isla separada del mundo sino una isla-mundo, transarchipiélica, construyendo un mundo hecho por islas relacionadas, cada una diferente de todas las otras, pero unida a otras islas por una lógica relacional. La especificidad estética de *Motivos de Proteo* me parece radicar en la sabia construcción descentrada de un transarchipiélico *mobile* textual, cuyas partes constituyen, como islas, verdaderos motivos, entendiendo esta expresión, escogida por Rodó, tanto como término literario, como motivación psicológica y como *movens* que pone en movimiento los fragmentos de este discurso americano.

De las páginas de *Motivos de Proteo* no surge un sujeto que pueda identificarse con Rodó, sino el simulacro de un sujeto, la figura de un Proteo de Motivos. Por lo tanto, Rodó no ha muerto. Readaptando el mito griego, Rodó supo captar uno de sus aspectos más inquietantes. Ha construído un texto hecho de muchos textos, un libro hecho de muchos libros. Proteo de Motivos, José Enrique Rodó supo crear un libro virtualmente ilimitado en cuyas páginas se refleja la fundamental hospitalidad americana para todas las migraciones y transmigraciones, tanto de los seres humanos como de sus ideas. La figura de Proteo, más que la de Próspero, queda idéntica a sí misma, es decir, a sus transfiguraciones “en mil formas diversas”. Sólo en este sentido, creo, Rodó hubiera aceptado considerar sus *Motivos* como una auto-bio-grafía: como la vida que se escribe a sí misma. Joven de ciento cincuenta años, José Enrique Rodó nos sigue fascinando porque nos ofrece las configuraciones del futuro: vivir en un mundo hecho de islas, cada una diferente, en perpetuo movimiento, en una convivencia polilógica, basada en la hospitalidad. ¿No la veréis vosotros?